



SS

**SERVICIO
SECRETO**

A. ROLCEST

CITA EN TIERRA DE NADIE

CITA EN TIERRA DE NADIE

A. ROLCEST

CITA EN TIERRA DE NADIE

1.^a EDICIÓN
ENERO 1954



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

7 — La noche de Bright Garden, 22 — Misión en
Extremo Oriente, 37 — Un loco en la sombra, 60 —
La operación «Greif», 74 — Muerte en los rostros,
81 — Orden de invasión, 100 — Crimen en el «Sub-
way», 103 — Pacto entre llamas, 107 — Al dictado
del odio, 119 — Terror en Malaca, 126 — ¡¡Indochi-
na!! 128 — Héroe en Creta, 136 — Tres hombres
en la nieve, 143 — El sector condenado, 146 — He-
chiceros de muerte, 149 — Convoy en ruta, 152 —
Muertos en la selva, 155 — Una tumba en Dunker-
que, 159 — La isla de los muertos, 165 — Cerco a
Damasco.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en Gráficas Bruguera. Proyecto, 2 - Barcelona

**CITA EN
TIERRA
DE NADIE**

por
A ROLCEST



CAPÍTULO PRIMERO

Aun no hacía un minuto el coronel Wallton había bajado bruscamente los prismáticos, exclamando:

—Pero ¡qué estupidez! ¿Quién diablos ha dado esa orden?

Ahora uno de sus ayudantes regresaba, muy pálido, con la respuesta:

—Es la Cuarta Compañía del Segundo Batallón, señor...

—¡No he preguntado de qué fuerzas se trata! —le cortó el jefe, tartamudeando de ira—. ¡Lo que quiero saber es quién les ha ordenado salir de la trinchera!

Pero el ayudante se limitó a hacer un gesto, queriendo darle a entender que la respuesta la tenía cerca, en una de las chabolas próximas a la centralilla, donde acababa de entrar el comandante del Segundo Batallón.

El coronel comprendió y gritó, impaciente:

—¡Llamen al comandante Sloan! ¡Que venga enseguida! —Y dirigiendo una severa mirada a su ayudante, agregó—. ¿Por qué no lo ha llamado usted?

—Ignoraba que el comandante Sloan estuviese ya aquí, señor...

Y el ayudante se calló enseguida, mordiéndose los labios. Conocía a su superior demasiado. Lo mejor en situaciones semejantes era dejarle hablar. Sus preguntas no eran tales preguntas. Simple verborrea, escapes de gas. Ahora mismo gritaba:

—Pero ¿qué diablos hace aquí el comandante Sloan? ¿Cómo no está en su puesto?

El ayudante, para sus adentros, respondió: «Porque usted acaba de convocar, con carácter de urgencia, a todos los comandantes de batallón...».

Claro que no lo dijo. El coronel Wallton resultaba un jefe bien soportable siempre que en los momentos de cólera uno dejase de lado la lógica.

—¿Qué orden es éste? —proseguía el jefe, con ojos estrambóticos—. ¡Los comandantes abandonan sus puestos! ¡Los pelagatos inician operaciones por su cuenta! ¿Nos hemos contagiado del enemigo?

Y abarcando con la mirada a todos cuantos le rodeaban, agregó: —¡Imitémosle también en su modo de morir!

Le satisfizo esta frase por la sencilla razón de que sabía que era injusta. Si los chincoreanos morían en manada, el Octavo Ejército soportaba estoicamente una campaña ya del todo impopular. Demasiado costosa en vidas y dinero. Infinidad de intereses, tirando cada cual de su hilo, cercenando los planes antes de que asomaran en la mente de los jefes, coartando sus movimientos por toda una serie de consideraciones políticas, hacían la atmósfera irrespirable.

El soldado plantado en la fangosa trinchera, el soldado anónimo, tenía ya de la campaña de Corea una definición gráfica: No podían ganar, ni perder. Pero, además, tampoco podían marcharse.

A ese callejón sin salida habían llegado las cosas. Lo comprendían así los jefes militares, los políticos, y, lo que ya era más delicado, el mismo pueblo de los Estados Unidos, que era, a fin de cuentas, quien más heridas recibía.

El coronel Wallton tenía, como otros valerosos jefes, sus ideas acerca de la manera de dar fin a aquella campaña. Pero la disciplina le obligaba a obedecer. En su larga carrera de soldado, tal vez nunca le fue más doloroso cumplir órdenes como en aquel día. «Quietos en sus puestos», le habían dicho desde arriba.

Quietos, en unos instantes en que las divisiones chincoreanas, lanzadas unos días antes sobre el sector central, empezaban a sentir los efectos de la contraofensiva. En los primeros momentos del aluvión, el Octavo Ejército tuvo que retroceder y echar mano de todas las reservas para taponar los boquetes, y crear una amenaza en los flancos de la bolsa entre Kumhwa y Yanggu.

Mientras tanto, en Panmunjón proseguían las conversaciones para concertar una tregua...

El enemigo, al verse amenazado por los flancos, frenó su avance. Y empezó entonces el forcejeo, el cambiar de mano las posiciones varias veces sucesivas.

Los puestos de socorro y los hospitales de campaña se veían anegados. Las lluvias de aquellos días, tan pronto canalizaban sus

aguas tras de las primeras líneas, se convertían en ríos de sangre, en convoyes interminables de heridos.

En tanto, en Panmunjón seguían las conversaciones...

En ningún otro momento de la campaña tuvo la carne herida un aspecto más doloroso, más desolador. ¿Para qué aquello, cuando la tregua se consideraba ya casi ultimada?

Y fue aquella mañana, hacía apenas una hora, cuando la noticia llegó de Panmunjón.

Con esta noticia, el coronel Wallton recibió la orden de que sus fuerzas permaneciesen en sus puestos, a la expectativa. ¿Cómo, pues, aquel grupo de hombres había salido de los parapetos, haciendo una, parodia de avance, no cesando de hostigar al enemigo?

Reparó en que alguien se cuadraba ante él. Le reconoció por la voz, antes que por la imagen:

—¡A sus órdenes, mi coronel! —dijo una voz recia, de timbre acerado.

—¿A mis órdenes? ¡Ajajá! ¡Con que a mis órdenes! ¡Eso vamos a averiguarlo enseguida!...

El coronel Wallton tenía, en mucho aprecio al recién llegado. Era uro de sus oficiales predilectos. Pero esto permanecía bien en lo hondo de su alma. Sus sentimientos muy rara vez se dejaban ver, ni aun en los momentos de mayor serenidad.

Por su parte el recién llegado, el comandante de batallón Turck Sloan, un joven de recia contextura, moreno, de facciones enérgicas y mirada alegre, aun no había llegado a comprender a su jefe. Le exasperaba oírlo siempre rezongar, y en varias ocasiones había comentado: «Estos hombres con úlcera en el estómago, ¿por qué no se quedarán en sus casas? Nos aguan la “excursión”».

Así calificaba Turck Sloan aquella campaña: una excursión. Una excursión que ya entraba en el cuarto año. Pero aquello era una defensa de su naturaleza optimista. Cada organismo reaccionaba a su manera... Un hecho que al coronel le arrancaba formidables reniegos, quizá espuma con bilis, en Sloan provocaba la carcajada o el comentario humorístico Esa era la diferencia esencial que existía en ambos. Por lo demás, a la hora de la verdad, a la hora de enfrentarse con la muerte, uno renegando, otro riendo, los dos procedían con idéntica decisión.

—¡A mis órdenes! —repitió por tercera vez, Wallton.

Y a medida que aumentaba el número de repeticiones, aquella frase formularia iba adquiriendo un aire más grotesco. Diríase que cada vez que la repetía, el coronel iba descendiendo de grado y que sin remedio ninguno, ante aquel fornido joven, simple jefe de batallón, el veterano Wallton estaba quedando convertido en mero cabo furriel.

Sloan miraba el rostro de su superior y sonreía para sus adentros. Indudablemente, el «viejo» estaba enfermo. ¿Cómo en un momento cómo aquél se dejaba llevar por la ira? «¡A casita, a casita! Un sillón, una manta, y tacitas de caldo... Y que te aguanten tu esposa y tus hijos, sí es que los tienes».

Turck recordó entonces que el coronel no tenía hijos ni esposa, y su comentario fue entonces más despiadado: «¿Quién iba a atreverse a cargar con él? ¡Valiente negocio!».

Turck Sloan estaba dispuesto a soportar con paciencia todas las ironías y todos los improperios.

Por nada del mundo se pondría de mal humor, y menos aquel día.

No le preocupaba lo más mínimo el motivo de aquel enfado. Estaba acostumbrado a ver desencadenarse tempestades por la cosa más baladí.

—¿Sabe usted, comandante, a lo que se está exponiendo? —preguntó el coronel, clavando en Turck sus ojos azules.

Sloan permaneció callado, con gesto grave. Pero en su mente se despertó toda una juerga de campanillas, con enanitos saltando de un lado para otro.

«¡Vaya! ¿A que me ponen ante el piquete?».

Durante unos segundos los labios del coronel Wallton permanecieron pegados fuertemente, como resistiéndose a dejar paso a algo muy grave. Para sus adentros, Turck lo parodió: «¡Comandante Sloan! ¿Cómo sus soldados llevan las botas sucias de barro?». «Porque hay barro, mi coronel». «¿Cómo que hay barro? ¡Esto es imperdonable! ¿Sabe usted a lo que se expone?».

Pero no salió nada de eso. De momento, nada que se refiriera a Turck, o a su unidad. Cuando el coronel se disponía a despegar los labios, llegó un enlace, con un parte. Parecía que Wallton, que se hallaba de espaldas al sitio por dónde el enlace había venido, le

hubiese visto, porque antes de que el portador se le hubiese colocado delante, el coronel ya tenía extendida una mano.

Aquel parte procedía del mando de la División, preguntándole si las órdenes últimamente circuladas habían sido cumplidas. Sloan, que se había retirado unos pasos, vio cómo el papel empezó a temblar en las manos de Wallton. Instintivamente, miró a cuántos oficiales presenciaban la escena. Todos permanecían con gesto grave. Pero una gravedad verdaderamente sentida, nada formularia. Aun vio más: eran las miradas que cuantos allí había se dirigían a él y al superior, y el sutil cambio que se producía en los ojos de cada cual, cuando se fijaban en el coronel o en Sloan.

Al contrario de lo que otras veces había sucedido, esta vez Turck no sorprendió ninguna mirada de simpatía hacia él. Tenía decidido no preocuparse por nada aquel día, pero el propósito comenzaba a fallar.

Para empeorarlo, el coronel, en vez de proseguir con sus gritos e ironías, hizo una impresionante transición. Adoptando una actitud tranquila y glacial, tendió el papel a Turck.

—Contéstelo usted mismo —dijo.

Y esta vez Sloan no encontró la réplica humorística. Los enanitos se habían escondido, y las campanillas se habían apagado.

Turck casi sin saber lo que hacía, sin percibir lo anormal de la situación, cogió el parte y lo leyó. Las últimas órdenes: cada cual en su puesto, a la expectativa...

—No comprendo, mi coronel —manifestó Sloan, verdaderamente confuso—. ¿Qué puedo yo decirle?

—Me contentaré con que me explique el porqué de aquello...

Y una mano del coronel Wallton quedó extendida, señalando hacia un lejano punto del valle.

Se bailaban muy lejos de donde la cosa ocurría.

El puesto de Mando, emplazado en una altura, dominaba una vasta extensión de terreno, mucho más grande que la que defendía aquel regimiento.

Veíanse montículos, retazos de labrantío, y un río opaco que en complicados zigzags surgía de una cordillera y se retorció valle abajo...

La huesuda mano del coronel siguió apuntando hacia una parte de la hondonada donde destacaban grandes mojones de roca, un

retazo de bosque y el río, en una curva muy cerrada, casi formando un lazo con nudo corredizo que fuera a estrangular las rocas, el bosque y la casa que se veía en medio.

—¿Necesita los prismáticos?... El juego, desde luego, es interesante...

—Ahora sí había ironía en la voz de Wallton. Cuanto menos podía agradecerla Sloan. Porque ahora el que tenía decidido no preocuparse por nada, era quien permanecía con el semblante demudado, los ojos desmesuradamente abiertos, en un gesto de verdadero estupor.

—¡Pero ese imbécil de Cowper!...

Más que una exclamación, fue un rugido. Frenético, al parecer sin darse cuenta de lo que decía, arrebató de las manos del coronel los prismáticos y escrutó en la lejanía. Para los sentidos de Turck fue ahora cuando la escena adquirió toda su corporeidad; Hasta aquel momento se habían estado oyendo tiros lejanos. Pero esto constituía el fondo normal de cualquier hora pacífica en el frente. Lo anormal, lo verdaderamente alarmante hubiera sido que todas las armas permanecieran mudas. Entonces hubiera sido cuando el desasosiego se habría apoderado de él.

Enseguida reaccionó. Oír la fusilería en disparos al azar era el crepitar de una hoguera permanentemente encendida. Hasta hacía apenas una hora, era, lo normal. Ahora, no. ¿Cómo no lo había tenido en cuenta antes?

La noticia de la firma de la tregua había corrido a lo largo de las trincheras. Quietos, y a la expectativa, fue la orden en el sector. Los jefes de unidad fueron inmediatamente convocados por los mandos respectivos. Turck Sloan era uno de los que no quería profundizar en lo que no le concernía. Se había concertado suspender el combate. Pues bien: obedecería y en paz. Por muchas cosas se alegraba de que ocurriera así. En aquellos días su batallón había sufrido un duro castigo.

Durante las últimas jornadas, Turck Sloan se creyó inmerso en una pesadilla. Retrocedió, avanzó, volvió a retroceder... Varias veces su batallón quedó diezmado, y otras tantas se vio al frente de un número completo de hombres a los que no conocía, a los que no llegaría a conocer...

Bien estaba si aquella carnicería terminaba. Quizá la acción de

los diplomáticos no fuese del todo inútil. La batalla se suspendía en un momento el que las líneas avanzadas formaban zigzag al sur y al norte del paralelo 38.^o.

Nada importaba un palmo más o menos de tierra, si el principio que impulsó a las Naciones Unidas a intervenir se mantenía en pie. Sloan, sin profundizar mucho, creía que sí. Por eso se sentía contento aquella mañana. Y cuando recibió la orden de presentarse en el puesto de Mando, emprendió el camino riendo como un niño en día de fiesta.

Los comandantes de los otros batallones llegaban en aquel momento y todos, tras saludar, se quedaron mirando a Sloan. Todos seguramente se habían dado cuenta de lo que ocurría antes que él.

—Con su permiso, mi coronel, voy a llamar al batallón. —No será nada: El enemigo que habrá querido despedirse con alguna escaramuza.

Wallton tembló en un ramalazo de ira:

—Pero ¿todavía no se ha dado cuenta de que son los de usted los que atacan?...

Sí. Turck lo sabía. Cada vez lo veía más claro. Y eso era lo que le hacía perder todo el dominio sobre sus nervios. ¿Por qué no previno que Tom Cowper pudiera dar aquel paso? Nadie mejor que Turck sabía que podía hacerlo. Pero si en algún momento pensó tomar precauciones, desechó enseguida esa idea, considerando que aquello, precisamente lo que ahora estaba realizando Cowper al frente de un grupo de hombres de la Cuarta Compañía, era algo inconcebible en un hombre que tuviera un mínimo de responsabilidad.

Pero lo que ahora hacía vacilar a Sloan era pensar si aquel mínimo de responsabilidad había existido alguna vez en Tom Cowper. La amistad que le unía a él, le había impulsado a taponar muchas faltas, algunas de ellas bastante graves. En vano Turck le reprendía, incluso le amenazaba con dar parte de su conducta. Tom, criado en un ambiente algo escandaloso de una de las familias más acomodadas de los Estados Unidos, no tenía voluntad propia. Le arrastraba cualquier viento que soplara.

Y con la misma facilidad que cometía sus faltas, reconocía sus culpas. Cuando Turck le reprendía, faltaba poco para que rompiera a llorar y se le echara a los pies, pidiendo perdón. Más de una vez lo

hizo, y cada vez que Sloan lo recordaba, sentía el bochorno de aquel momento, como si fuese él en realidad quién se hubiese humillado.

—¡Llame al batallón! ¡Pero para dar las órdenes que yo le di a usted! —rugió Wallton, de nuevo entregado a su furia—. ¡Inmediatamente que vuelvan a los parapetos...!

Turck dio unos pasos hacia la centralilla, con aspecto muy preocupado; de pronto, volviéndose resuelto, manifestó:

—Sus órdenes, mi coronel, han sido cursadas con toda exactitud. Pero el que el capitán Cowper haya decidido no cumplirlas, obedece a motivos algo complicados, que yo estoy dispuesto a explicar a usted cuando me lo pida...

—¡Lo que a mí me interesa ahora es que esa parodia de combate cese inmediatamente! —vociferó el superior.

—No es ninguna parodia, coronel. El capitán Cowper ataca en serio...

—¡No me importa! ¡Dele orden de que interrumpa el fuego!...

Mas enseguida, dando media vuelta y abriéndose paso bruscamente en el corro de oficiales, fue a grandes zancadas hacia la centralilla:

—¡Lo haré yo personalmente! —siguió rugiendo—. ¡Y como hay infierno, que de ésta se va a acordar usted, comandante Sloan!...

Pero Turck había caído en una actitud verdaderamente desconcertante. Súbitamente se había vuelto tranquilo. Diríase que nada de cuánto sucedía le afectaba. Parecía que en realidad ponía en práctica su propósito de no enfadarse por nada, en aquel singular día.

—No llame, coronel. Será inútil —dijo, con fría serenidad—. Nada apartará al capitán Cowper de su propósito, una vez empezado...

Fue la frialdad de su voz lo que detuvo al coronel Wallton. A dos pasos de la centralilla se paró volviéndose con gesto intrigado.

—¿Qué propósitos son éstos?

—Entrar en la casa de Ikon Shimay —respondió, sin moverse del sitio.

Y como si hubieran impulsado un resorte, todas las caras se volvieron hacia el valle, y todos los ojos se fijaron en el nudo corredizo del río, dentro del cual se veían mojones de roca, un trozo

de bosque y una casa, con aspecto de pagoda...

—¿Y qué busca ese hombre allí? ¡Le detendré! ¡Vaya si le detendré!...

Se volvió Wallton hacia la chabola en que estaba la centralilla:

—¡Póngame en comunicación con la artillería!

—¡No lo haga, coronel! ¡Piense en los que le acompañan! —rogó Turck, arencándose a su jefe—. Produciríamos, además, grandes perturbaciones en todo el frente... Vale más que estos disparos de fusil se vayan apagando por sí solos. En realidad, son sólo los nuestros los que disparan, porque en la casa de Ikon Shimay, si hay alguien, está deseando que el capitán Cowper llegue. El... y alguien más que hasta este momento no había pensado que se viera obligado a acudir a la cita...

—¿Qué diablos dice usted? —bramó Wallton—. ¿De qué cita me está hablando?

Turck sonrió. Ya comprendía por qué al recibir la noticia de la firma de la tregua, se había alegrado tan profundamente. No era sólo por las vidas que se salvaban. Era también por algo muy particular que él había estado tratando de esquivar y que ahora, con la interrupción de las hostilidades, de una manera inconsciente, había dado por liquidado.

—Desearía hablarle aparte, mi coronel —dijo seriamente Sloan—. Es algo a lo que yo no he concedido la menor importancia hasta este momento en que el capitán Cowper se ha decidido a demostrarme que sí que la tiene...

Los dos se situaron en el borde del peñón donde se hallaba enclavado el puesto de mando. Mirando hacia la casa que emergía apenas en el bosque, Turck agregó:

—No es una parodia de combate, porque el capitán Cowper busca de veras la muerte... Aunque él no lo cree así. Aunque él cree que va a desentrañar uno de los misterios más apasionantes de nuestro tiempo...

Un resuello de impaciencia le interrumpió.

—¡Al grano, Sloan! —gritó el jefe.

—En el repliegue de anoche —prosiguió Turck sin alterarse— el capitán Cowper y yo estuvimos en la finca de Ikon Shimay...

—¡Nada tiene eso de particular! Por algún tiempo ha estado allí el mando del sector...

—Pero entonces no habría fantasmas.

—¿Quéeee?

—Anoche los hubo.

El coronel dio un salto. Que en un momento tan grave le salieran con tonterías, era algo que parecía iba a hacerle estallar.

—Ésa fue por lo menos nuestra primera impresión —balbució Turck, sonriendo.

—¿Se da cuenta de que el momento no está para bromas? ¿Ha olvidado usted con quién está hablando? —preguntó Wallton, con amenazadora calma.

—No, mi coronel. No bromeo, y tengo bien presente a quién me dirijo... Anoche tuvimos la impresión de que se nos aparecía un fantasma. Un fantasma demasiado inquietante... precisamente por su belleza. Me refiero a Ikon Shimay...

Dejó intencionadamente un silencio. Esperaba que el coronel reaccionara de manera violenta. Pero Wallton siguió impassible, como si no hubiese oído o se hallase lejos.

—Yo traté a Ikon Shimay, poco antes de que fuese «fusilada» —prosiguió Turck—. El capitán Cowper también... Y los dos estamos seguros de que no se trata de alguien que anoche quiso suplantarla. Era la misma Ikon Shimay...

Dejó otra nueva pausa. La mirada de Turck Sloan se perdía a lo lejos, hacia la casa con aspecto de pagoda que apenas emergía en el bosque.

—Tal vez los mismos norcoreanos estuvieron interesados en hacer correr la noticia de que Ikon Shimay había sido fusilada por ellos... El por qué, lo ignoro. Lo único cierto es que esa mujer existe todavía. O por lo menos, existía anoche...

CAPÍTULO II

Vino corriendo un enlace.

—¡Mi coronel! Le llaman del Mando...

Pareció que Wallton lo estuviera esperando. Movi6 varias veces la cabeza, asintiendo. Sin mirar a Turck, dijo:

—Sígame...

Ya no se apreciaban en su rostro se~ales de enfado. Ahora parecía sinceramente preocupado.

Faltando unos pasos para llegar a la centralilla, se par6.

—Comandante Sloan: Si en cuanto me ha dicho existe alguna superchería, le aconsejo que me la señale, antes que dé cuenta de ello a la superioridad...

Dentro de la chabola se veía el soldado de transmisiones de pie ante la centralilla, con el auricular dispuesto para entregárselo al jefe.

—Cuanto he dicho es cierto, mi coronel —respondió gravemente Turck.

Wallton le dirigió una mirada penetrante.

—Puede usted mismo engañarse. Sloan... Hace tiempo que el servicio de contraespionaje se ocupa de Ikon Shimay. No son ustedes solos en creer que ella existe...

Esto sí que cogió de sorpresa a Turck. Se colocó delante del jefe:

—¿Es eso cierto, coronel? ¿Se recelaba que esa mujer no había muerto?

—Sí. Y dudo en creer que usted no lo sabía...

Le dejó, para meterse en la chabola, coger el, auricular, y doblando un poco su figura para que su boca quedara más cerca del micrófono, decir:

—¡El coronel Wallton al habla!...

Sloan no prestó atención a la conferencia. Le hubiera sido fácil seguirla, atendiendo solamente las réplicas del coronel.

Pero le atraía más el fárrago de ideas que acababa de suscitar en su mente la declaración de su superior. La noche anterior, Turck creyó ser víctima de una alucinación. Ikon Shimay, más bella y seductora que nunca, se le apareció por unos breves instantes, iluminada por una temblorosa luz, una lámpara de petróleo que colgaba del techo en una de las habitaciones de la casa cuyo aspecto exterior recordaba una pagoda. La lámpara temblaba por efecto de los formidables estallidos que se producían afuera.

»—¿Por qué se retira, comandante? El capitán Cowper estaba dispuesto a resistir...

Éstas fueron las primeras palabras que oyó a Ikon Shimay, al cabo de varios meses de considerarla muerta. Ocurría en un momento tan difícil, que Turck casi no tuvo tiempo de darse cuenta de cuán insólita resultaba aquella escena. Hacía ya rato que todo el batallón debía haberse retirado a segunda línea. Las fuerzas situadas a ambos flancos lo habían hecho mucho antes. Corrían el riesgo de ser copados.

Turck había recibido orden de su superior de replegarse, al mismo tiempo que la demás fuerza. La orden llegó en un momento oportuno, cuando el enemigo parecía entregado a tomar aliento para una nueva embestida.

Cursó órdenes para que el batallón se dispusiera al repliegue. Todo parecía dispuesto. Sin embargo, en el momento de iniciar la retirada, ocurrió una anormalidad que echó al traste la maniobra: la Cuarta Compañía, la que mandaba el capitán Cowper, en vez de replegarse por la parte izquierda del río, esquivando el lazo que rodeaba el bosque, se metió en él. Un verdadero fallo del atolondrado capitán Cowper...

Eso fue lo que entonces pensó Turck. Estaba acostumbrado a semejantes torpezas por parte de Tom. Sloan tuvo que dar contraorden a las demás compañías para que Cowper y sus hombres no quedasen aislados, dentro de la trampa en la que ellos mismos se habían metido.

Aguantaron hasta el anochecer, en posiciones desventajosas, bajo un aluvión de metralla. Ya, oscuro, Turck volvió a dar orden de retirada. «¡Ocurra lo que ocurra, sin deteneros hasta llegar a la segunda, línea!».

Esperó unos momentos para ver cumplir tal orden. Luego, él

solo, se dirigió al bosque donde estaba la Cuarta compañía. Tuvo que cruzar un pequeño puente hecho de troncos. Cuando la línea de fuego se hallaba más lejos, aquel lugar había sido utilizado por el Mando del sector. El cinturón de agua era una formidable defensa. Varias pasarelas lo cruzaban entonces, pero ahora casi todas estaban destruidas.

Ya en el bosque, al tropezarse con los primeros soldados, al ver las defensas que habían levantado, Turck debió advertir que para ser una torpeza hija del atolondramiento de Tom, estaba demasiado bien calculada.

Y no obstante, no se dio cuenta. Sencillamente porque la irritación que sentía contra su amigo no le dejó ver. Y porque enseguida, apenas entrar en la casa, en el instante en que interpeló a Tom: «¿Qué juego es éste? ¿Te has vuelto loco?» oyó la respuesta, de quien menos podía imaginar: «¿Por qué se retira, comandante? El capitán Cowper estaba dispuesto a resistir...».

¡Ikon Shimay en persona! Cuando el Japón se asía a los hierros candentes de una postguerra caótica, llena de heridas y de vicios, en las rutilantes noches de la «Ghinza», la lujosa arteria de Tokio, apareció una bailarina que en poco tiempo quedó erigida en ídolo de las fuerzas ocupantes.

Más tarde apareció en Seúl, instalada en una soberbia finca. En ella se daban fiestas a las que concurrían altos jefes del ejército de la ONU y personal diplomático.

De nuevo volvió a Tokio, y se la vio en distintos clubs nocturnos, pero en calidad de cliente distinguido. Siempre se la veía acompañada de algún caballero de elegante porte o aspecto adinerado, oriental u occidental... De pronto, en un trágico suceso en el que pereció un alto jefe norteamericano. Ikon Shimay desapareció. A los pocos días los norcoreanos daban la noticia de que Ikon Shimay había sido sometida a Consejo de Guerra y, acusada de «doble juego», en el que habían salido favorecidos los occidentales, los norcoreanos la habían fusilado.

El trágico fin de aquella mujer había servido para que su belleza, que inundablemente la tenía, adquiriese un aire de mito. Los que tuvieron la suerte de verla en la realidad fueron los que más exaltados se mostraron.

Mil leyendas se tejieron en torno a su figura. Fue calificada

como la Venus de Corea, La
Mata-Hari
de Extremo Oriente...

Sesudos cronistas de los más respetables periódicos de todo el mundo hablaron de Ikon Shimay, de su vida y de su desaparición, como de algo tan trascendental como la decisión de las Naciones Unidas de parar la avalancha que se había volcado a través del paralelo 38º.

Raro era el novelista de aventuras que no creaba en torno a la figura, cada vez más vaga, de Ikon Shimay, la intriga de espionaje más intrincada, aprovechando de paso la ocasión para presentar un ambiente y unos tipos morbosos...

Ésa era la que Turck Sloan vio aparecer en momento en que, loco de furia, interpellaba a subordinado, el capitán Cowper, por la imperdonable torpeza que acababa de cometer metiendo a sus hombres poco menos que en un callejón sin salida.

¿Por qué, al ver aparecer a aquella mujer, se pensó que la decisión de su amigo y subordinado de replegarse a aquella casa tuviese su fundamento? Tanto Cowper como Turck, cuando estuvieron de guarnición en Tokio, llegaron a tener trato con la bailarina...

¿Por qué no llegó a suponer?... Pero Sloan comprendía que no podía reprocharse nada. Era muy lógico que creyera que Tom se había encontrado con aquella mujer por obra del azar, y que entonces, deslumbrado, decidiese permanecer allí. Deslumbrado, aturdido, como se sintió Sloan en el momento de verla.

Si se repuso enseguida de aquella emoción fue porque el sentido de responsabilidad era en él mucho más fuerte que en Tom, Su respuesta a la bailarina fue rápida, tal vez demasiado fría:

—Ikon Shimay: Fantasma o no, sigues siendo bella... Pero en mal momento nos encontramos. Hay que salir de aquí enseguida... Prepara tus cosas, si estás dispuesta a venir con nosotros.

Aquella propuesta debió resultar para la bailarina muy llena de comicidad, porque Turck volvió a quedar deslumbrado viendo la soberbia escultura retorcerse, echado el busto hacia atrás, la garganta desnuda temblando, el pecho agitado por un torrente de risa. Irguió enseguida la cabeza y sus ojos oscuros, de forma almendrada, fulgieron en el momento de decir:

»—¡Me encuentro al fin en mi casa! ¡Nada me hará salir de ella!...

—Su voz tenía un timbre extraño. Tan pronto parecía una amenaza como una lisonja, al agregar:

»—Mi deseo es que vosotros seáis... mis primeros huéspedes...

Al tiempo que decía esto, iba retrocediendo, procurando que el batín de seda resaltara los contornos de su bella figura. En aquellos momentos afuera se producía un tiroteo. Turck y Cowper salieron a todo correr. Al momento regresaren. Una falsa alarma producida por los mismos soldados, cada vez más inquietos e inseguros, al saberse aislados.

Sloan entraba decidido a llevarse a Ikon a viva fuerza. Pero ella había desaparecido. En vano registraron la casa de arriba abajo.

Como prueba de que todo aquello no había sido una alucinación en la atmósfera húmeda de aquellas habitaciones deshabitadas quedaba un penetrante perfume que Turck y Cowper conocían de sobra.

»—Huele demasiado bien para suponer que ha sido el diablo — comentó Sloan, procurando una salida jocosa a la situación, pero en realidad sintiéndose muy confundido.

Afuera aguardaba más de un centenar de hombres cuya vida dependía de lo que Turck decidiera en aquel momento. Nada tendría de extraño que el enemigo se estuviese deslizando con propósito de coparles.

No había tiempo que perder. Ordenó secamente a Tom salir de la casa, y éste le siguió, sin replicar, y como aturdido.

Para cruzar el río por la parte más próxima a las posiciones propias, tuvieron que utilizar pasarelas hechas con troncos, por las que los hombres se deslizaban de uno en uno, a horcajadas. El río, muy caudaloso por las recientes lluvias, bramaba abajo, con escalofriante amenaza...

La retirada de aquella forma les ocupó mucho tiempo. Turck pasó a la otra orilla con los primeros hombres. Los apostó en sitios estratégicos, para impedir cualquier emboscada.

Luego, dándose cuenta de que había dejado a Tom en la isla regresó a las pasarelas y le llamó, pero Cowper no se encontraba allí. «Esto debió bastarme», reconocía ahora Turck, en tanto el coronel Wallton permanecía conferenciando con sus superiores.

Pero estaba decidido que Turck advertiría el peligro, cuando ya la cosa no tuviera remedio. Cowper apareció al rato de estar llamándole. Pretextó haber recorrido el pequeño bosque para cerciorarse de que no se quedaba ninguno de sus hombres.

Turck estaba seguro de que en aquel momento le dijo: «¡Mentira! Has ido a ver si te encontrabas a esa gata de ojos oblicuos...». Y en alta voz, en tono duro, dijo:

—Tan pronto volvamos a ocupar la posición, hablaremos usted y yo, capitán Cowper.

Le desagradó el tono enfático con que habló. Quería dar a entender a su subordinado que la cosa había llegado al límite, y que la amistad no iba a remediar nada en el momento de las responsabilidades. Sabía de qué forma iba a reaccionar Tom. El niño mimado de una familia de millonarios, un grupo de seres desequilibrados, que tan pronto tenían un arranque de soberbia, como se echaban a los pies de uno, implorando perdón. Hasta en la manera de humillarse se les veía su soberbia...

Pero en esta ocasión Tom Cowper no utilizó su recurso. No porque estuviesen presentes los soldados. En otras ocasiones no había dudado en suplicarle, en presencia de testigos.

Esta vez permaneció callado, reconcentrado, como si la cosa no fuera con él. No se volvió a hablar más de aquello, durante el tiempo que duró la retirada.

Ni luego tampoco, cuando ya ocupaban la posición que les tenían señalada. Rompió el día, y Sloan dedicó las primeras horas a dejar bien instalados sus dispositivos de defensa. En algún momento pensaba en lo ocurrido la noche anterior, y enseguida lo apartaba de su imaginación, como si temiera que pensar en ello fuera a traerle mala suerte. En realidad temía que de un momento a otro el coronel Wallton le llamara a su puesto para reprocharle el retraso en la retirada...

Y de pronto, la noticia tantos meses esperada; ¡LA TREGUA SE HABÍA FIRMADO!...

La noticia corrió como si un relámpago hubiera sido canalizado por las trincheras y dando colorido buscase la salida por uno de sus extremos. No cambió: las caras, el cielo opaco, el valle convertido en barrizal...

»—¡Comandante Sloan! El coronel Wallton llama a su puesto.

Ése era el aviso que durante toda la mañana había estado temiendo. Pero ahora ya no le producía inquietud. La alegría del momento iba a dejar muchas cosas caducadas.

Mas se equivocó. En tanto él se dirigía al puesto de Mando, su amigo y subordinado, Tom Cowper se disponía a cometer su última y más grave pirueta. Cuando todas las armas enmudecían, él se arrancaba a realizar aquello que el coronel Wallton acababa de calificar como parodia de combate...

Turck miró ahora, a la chabola de la centralilla. El coronel, que estaba sentado, hacía ademán de levantarse. Le oyó decir, a punto de quitarse del oído el auricular:

—¡Muy bien! ¡Perfectamente!... ¡Les esperaré! ¡A sus órdenes!

Más que quitarse el auricular, se lo arrancó y lo puso sobre el tablero. Por primera vez en su vida, Turck miró a su jefe con miedo.

Wallton encorvó su desgachada figura para pasar por la pequeña puerta de la chabola. Echó a andar en dirección a dónde estaba Sloan, pero sin mirarle.

—¡Venga conmigo! —le espetó.

Un poco más allá, el corro de jefes y oficiales empezó a removerse, como si la aparición del jefe fuese un aire que de súbito empezase a agitar la arboleda.

Al llegar Wallton a dónde estaban los comandantes de batallón, les dijo, mirándoles de soslayo:

—¡Vuelvan a sus puestos y esperen órdenes!

Éstos se cuadraron e hicieron el saludo de rigor. Cuando el coronel hubo pasado, todos los ojos se volvieron a mirar a Sloan. Pero éste se hallaba demasiado ocupado para darse cuenta de ello.

Sabía que se hallaba en uno de los peores momentos de su vida. Por su condescendencia con aquel loco se iban a desencadenar unos acontecimientos cuyas consecuencias nadie podía prever...

Y por bien que fueran las cosas, aunque ello no tuviese ninguna repercusión en la marcha de las conversaciones de tregua, era seguro que a aquellas horas ya se había producido alguna baja. El tiroteo proseguía, lejano... Lo que el coronel acababa de ordenar a los jefes de batallón daba a entender que algo se preparaba. Las bajas que hubiese, ¿a quién se le podían cargar?

Esto era lo que en aquellos momentos abrumaba a Turck. Un muerto que hubiera, bastaba para que su conciencia no le dejara

tranquilo. Y estos escrúpulos se producían precisamente cuando acababa de salir de uno de los períodos más feroces de la campaña, en el que había visto caer a su alrededor a centenares de hombres, sin apenas inmutarse.

Pero ahora ya era todo distinto. A las 10:01 de la mañana se habían firmado los documentos, horas después debía cesar el fuego en todos los frentes...

Prácticamente, ese acto el fuego ya se había producido en aquel sector, agotado por tantas jornadas de incesante lucha. Un muerto ahora, ya no era un mero signo en los estadillos de bajas. Un muerto ahora era un hombre que dejaba de vivir, acusando, y que debido al silencio de las armas, las conciencias tenían que escuchar...

El coronel se metió en la chabola que le servía de despacho, y con el ademán indicó a Turck que pasara. Sobre una pequeña mesa había una pipa vieja y un bote con tabaco.

Wallton cogió la pipa y se puso a llenarla, sin apartar la mirada del suelo. Luego, en tanto la encendía, sosteniendo la pipa con los dientes, rezongó:

—Fume, Sloan...

Más que una invitación, era una orden. El viejo lanzó al aire dos bocanadas y añadió:

—Fume y tranquilícese... Lo va a necesitar...

Empezó a pasearse de un extremo a otro de la choza. En un rincón se veía un camastro, lleno de mapas enrollados. Hasta en aquél, rustico refugio y en una misión como la del hombre que lo ocupaba, un militar en campaña, se apreciaba que Wallton era un hombre soltero y desordenado.

—Sí, debe usted serenarse... ¿Sabe lo que se le va a echar encima?

Su aire divertido resultaba ahora más molesto que cuando se mostró enfadado.

—Un jefe de Estado Mayor y otro de Información vienen aquí a toda marcha. Ése es un honor que no todos consiguen.

Y se le quedó mirando, diríase que satisfecho de que en su regimiento hubiese un loco de tal categoría, que cometiese estropicios capaces de conmover las altas esferas.

Wallton se dejó caer pesadamente en una silla plegable, que

gimió de manera alarmante. Manteniendo en la boca la pica, echó el busto hacia atrás, sin apartar la vista de su subordinado. Éste acababa de destapar el bote, donde además de tabaco suelto había unos cuantos cigarrillos. Encendió uno, y sentándose frente a su superior, se dedicó a expulsar el humo; procurando que sus descargas no pasaran más allá del centro de la mesa. Más que fumar, ambos parecían entregados a un duelo de muda artillería.

Aquel silencio no podía durar. La silla volvió a gemir, pero ahora porque el coronel se inclinó hacia adelante al tiempo que daba un puñetazo sobre la mesa.

—Pero ¿por qué no habla? ¿Por qué no se justifica? ¡Le estoy invitando a ello!...

Se puso en pie y reanudó sus paseos.

—De un momento a otro van a llegar...

Turck le miró asombrado. ¿De veras el coronel sentía lo que le ocurría? Nunca hubiera sospechado que fuera capaz de tender una mano a nadie para paliar una falta en el servicio.

—¿Sobre qué quiere que me justifique, coronel?

—¡Sobre sus narices! —aulló el superior—. ¿Es que cree usted que le va a favorecer su papel de tonto?... Usted no ignoraba que Ikon Shimay se encontraba en su casa. Usted tenía concertado con el capitán Cowper el retraso en la retirada, se desviaron con toda intención... Lo que ya no se es por qué no se quedaron allí anoche, si al final tenían ustedes que armar esta trapatiesta para volver...

Turck se había puesto un poco pálido, De pie, dijo:

—¡Le juro, mi coronel, que yo ignoraba que esa mujer se encontrase allí!

Refirió rápidamente lo ocurrido. Cuando terminó, Wallton le preguntó, con sorna:

—¿Y por qué no me informó a su debido tiempo?

Turck se mordió los labios... Se daba cuenta de que era en eso precisamente donde residía su mayor falta. ¿A quién iba a hacer creer que él no era cómplice, o promotor de aquel asunto?

—¿Qué medidas tomó contra el capitán Cowper? —Siguió Wallton.

—Ninguna, lo confieso —murmuró Turck, asombrándose de sí mismo.

—¡Ninguna!... Hizo usted mal. Debió proponerle para un

ascenso...

—Pensaba aplicarle un correctivo, pero no tuve tiempo... Entendí que primero debía dejar bien emplazados nuestros dispositivos. Luego, vino la gran noticia...

—Pero en esa noticia no podía usted ver que había llegado la hora de echar las patas al aire... ¡Esto no es el fin de la disciplina, comandante Sloan! ¡Ni siquiera el fin de la guerra!

—Lo supongo, mi coronel.

—Pues parece que ha entendido usted todo lo contrario. Estoy convencido de que el capitán Cowper no se hubiera atrevido a lo de ahora, si no hubiese observado en su jefe inmediato pruebas de relajación. ¿A qué conclusiones habían llegado ustedes? ¿A que ya cada cuál podía hacer lo que quisiera? ¿No están aún hartos de matanza, que quieren aprovechar estas últimas horas?...

Turck se puso firme.

—Me considero culpable de haber omitido muchas faltas del capitán Cowper —manifestó, en tono grave—. Nos une una amistad de muchos años... Sé que esto no puede servirme de atenuante, pero quiero que sepa que a la familia Cowper debo mis primeros pasos en la vida... Tom, con su hermana Yani son quizás un poco demasiado impulsivos...

El coronel Wallton percibió que el rostro pálido de Sloan súbitamente se ponía encarnado.

—¿Ha tratado a esa familia en la intimidad? —preguntó el jefe, volviéndole la espalda con aire de indiferencia—. Si no estoy mal informado, son algo... «extravagantes». Aunque a juzgar por el hijo, yo diría algo peor...

—Son, eso: demasiado impulsivos —balbució Turck—. Pero de un fondo noble, generoso...

—¿También la hermanita?

El tono con que hizo la pregunta fue francamente irónico, Wallton se dio cuenta de que su subordinado tragaba saliva, en vez de contestar. Reaccionó, conciliador.

No he querido molestarle... Quiero ayudarle, Sloan. Hemos de ver la forma de remediar esto lo mejor posible... Están al llegar.

Llegaban en aquel momento. Un «jeep» acababa de detenerse en la plazoleta que coronaba la cima. Afuera se percibió un gran revuelo de soldados. Alguien se asomó a la puerta de la chabola y

dijo con voz afectada:

—¡Mi coronel!

Era curioso: como si de repente el coronel, Wallton hubiese perdido todos sus grados, o como si su severo carácter se hubiese vuelto súbitamente inofensivo y cordial, sus subordinados dejaron de mirarle con miedo. Más aún: era a él, en aquel momento de apuro, a quién se dirigían todas las miradas con deseo de protección, como si la llegada de aquellos dos altos jefes, al fin y al cabo dos extraños, fuese a desencadenar una catástrofe en la que todos se iban a ver envueltos.

—Espere aquí —indicó Wallton, dirigiéndose a Sloan.

Salió el coronel y su desgarbada figura nunca resudó más simpática a todos como en aquel instante. Turck mismo se admiraba del profundo viraje que sus sentimientos habían dado, con respecto a su jefe. Habían vivido juntos momentos difíciles, ignorándose...

Los recién llegados tardaron un poco en aparecer en la chabola. Cuando por fin entraron, precedidos por Wallton, el comandante Sloan ya se hallaba completamente tranquilo. Les miró de frente, sin ningún temor. A uno de ellos, al más joven, lo conocía. Era un hombre de rostro simpático, moreno en cuya boca una perenne sonrisa le daba a voces un aire triste...

Turck, que se creía preparado para todas las sorpresas, no pudo evitar un gesto de asombro al ver la manera cordial con que el coronel Wallton los presentaba, y la cortesía, más bien la afectuosidad con que los recién llegados le saludaron, particularmente el más joven.

—Creo que nos conocemos, comandante. Sloan —dijo éste, sonriendo.

—Sí, coronel Kaster —respondió Turck—. El Nagasaki, si no recuerdo mal...

Había motivos para no dudar de aquel recuerdo. En una de las típicas pagodas de origen chino en aquella ciudad, el coronel Kaster, del servicio de contraespionaje, solicitó la ayuda del ejército de ocupación para una gran redada de espías y saboteadores. Al mando de las fuerzas que tomaron parte en la acción, estaba Turck Sloan...

—Algo distintas las circunstancias que nos llevan a encontrarnos de nuevo —agregó Turck, atreviéndose a bromear.

—No crea —replicó Kaster—. En el fondo casi son las mismas...

El jefe de Estado Mayor manteníase en una actitud reconcentrada, y apenas todos estuvieron sentados y se abordó el asunto, se dio cuenta Sloan de que aquél era un mero observador, pues quien en realidad planteaba las preguntas, era el coronel Kaster.

Había ya referido Turck cuánto les ocurrió la noche anterior en la casa de Ikon Shimay, cuando Kaster le instó a que lo refiriera de nuevo.

Sloan obedeció, agregando algunos nuevos detalles que en la primera versión omitió por olvido o por considerarlos innecesarios, cosa que para Henry Kaster no pasó inadvertida.

—Comandante: Interesa mucho que usted no omita nada, por fútil que lo considere... Todo cuanto pueda tener relación con esa mujer, interesa. Por ejemplo: Nada ha dicho sobre si la encontró muy cambiada de cuando usted y el capitán Cowper la conocieron... ¿En Tokio o en Seúl, comandante Sloan?

Turck percibió enseguida que aquel asunto traía cola y adoptó, como único medio de defensa, una actitud clara y decidida.

—Mi trato con ella fue en Tokio...

—¿Podría precisar la fecha? Quiero decir...

—Le comprendo perfectamente, coronel. Mi trato con Ikon Shimay fue precisamente por el tiempo en que se produjo su desaparición y... la misteriosa muerte del comandante Andrews...

El comandante Andrews, de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, apareció asesinado en la residencia de Ikon Shimay, un verdadero palacio en las afueras de Tokio. Todas las habitaciones presentaban evidentes señales de haber sido saqueadas. Al poco, los nortecoreanos daban la noticia de haber juzgado y fusilado a la hermosa espía oriental.

—La sección de Investigación Criminal del Ejército —dijo Turck, con marcada sorna— tuvo a bien que mi declaración figurase junto a la de otros muchos oficiales... con muchos más méritos, que yo, desde luego.

—¿Méritos en qué sentido, comandante Sloan? —inquirió rápido Henry Kaster—. Creo que peca usted de modesto... Según mis noticias, pocos de los que pululaban en torno a esa mujer podían alardear de haberla impresionado tanto como usted...

Y en seguida, observando el cambio que se producía en la expresión de Turck, se apresuró a agregar:

—Entiéndame: No está dicho con intención de molestarle, ni de insinuar una vaga culpabilidad... Nos consta que usted fue totalmente ajeno a la muerte del comandante Andrews...

—¡Desde luego! —exclamó Sloan, poniéndose en pie.

Y dirigiendo una dura mirada a su alrededor, preguntó:

—¿A qué viene remover todo esto? ¿Se dan cuenta de que uno de mis capitanes se encuentra en estos momento poniendo en práctica una de las mayores estupideces?

El sí se daba cuenta de lo paradójico que resultaba aquello. Había de ser precisamente él quien les recordase que un capitán de su batallón, desobedeciendo todas las órdenes, estaba arrastrando a unos hombres a una aventura que podía tener las más graves consecuencias.

—No nos olvidamos de nada, comandante —sonrió Kaster—. Y ya que usted lo ha planteado, vamos a ocuparnos del capitán Cowper. ¿Sabía usted que hace un par de semanas se vio él con Ikon Shimay, en Tokio?

—¡Eso es absurdo! —exclamó Turck.

Pero al momento no le pareció tan absurdo. Por aquellos días Tom disfrutaba de un permiso, un permiso concedido con mucha benevolencia por las alturas, en momentos en que el frente se retorció por una de las más fuertes embestidas de los nortecoreanos.

—Y puede ser —murmuró.

Durante unos momentos estuvo observando el rostro del jefe de contraespionaje. Éste permanecía pensativo, manteniendo en sus labios la sonrisa triste.

Turck se volvió de pronto a mirar a Wallton, picado de viva curiosidad:

—Coronel: El capitán Cowper disfrutó de un permiso que yo no solicité... Antes al contrario, creo que puse algunas objeciones, por su oportunidad.

El coronel asintió con un movimiento de cabeza.

—Es cierto —dijo—. Y yo también puse algunos reparos... Pero el capitán Cowper debe, sin duda, disponer de muy buenos padrinos, porque contra viento y marea el permiso se concedió...

—Aquí tienen ustedes al autor de ese permiso —manifestó

Kaster, indicando con el gesto al jefe de Estado Mayor.

Éste, el coronel Jarling, seguía en actitud reconcentrada, como ajeno a cuanto allí sucedía. Al verse aludido pareció despertar.

—¿Cómo dicen?

—Nos referíamos al permiso del capitán Cowper —aclaró Kaster.

—¡Ah! Sí...

—No quiero que cargue usted con toda la responsabilidad, coronel —siguió el jefe del servicio de contraespionaje—. Usted dió ese permiso porque yo se lo aconsejé...

No podía saberse si hablaba con ironía. La sonrisa seguía dándole un aire triste al rostro. Sin embargo, sus ojos, de un azul casi gris, relucían dando la sensación de que estaban llenos de risa...

El coronel Wallton se había puesto en pie bruscamente, con el correspondiente gemir de silla. Se acercó al camastro, y durante unos, momentos permaneció revolviendo los mapas enrollados. De una manera más bien inconsciente, todos se quedaron mirándole.

De entre el montón de mapas, Wallton escogió dos. Los enrolló al revés, y los dejó desplegados sobre el camastro. Una vez hecho esto, se cruzó de brazos, y, sin apartar la vista de los mapas, empezó a canturrear. De vez en cuando se le escapaba un bufido. Una de sus piernas empezó a temblar...

Sloan le conocía demasiado para saber que una formidable tempestad de cólera estaba a punto de estallar. Para Kaster, sin embargo, aquello dejó de tener interés porque inmediatamente dejó de mirar a Wallton, y dirigiéndose a Turck, prosiguió:

—El capitán Cowper pudo muy bien hablarle de su encuentro. ¿No cree usted lo mismo?

—Tal vez —murmuró Turck.

Y de nuevo enrojeció. No... El capitán Cowper no podía decírselo, entre otras razones, porque tenía celos de él. Esto era una cuestión vieja. Como ya había señalado Kaster, Ikon Shimay prestó a Sloan una atención de la que muy pocos se podían vanagloriar.

Turck no creyó nunca haber amado a aquella mujer, pero estaba seguro de que a veces su vanidad se sintió halagada por la predilección que ella le demostraba.

Más de una vez vio a Tom palidecer de celos, y, lejos de apesadumbrarle la situación de su amigo, Turck se sintió contento.

Aquel niño mimado, inmensamente rico, que sólo necesitaba levantar un dedo para que sus padres impusieran a su favor un valioso giro, tenía que considerarse fracasado ante aquella desconcertante mujer que unas veces parecía el ser más avaro, y otras, volvía olímpicamente la espalda a todas las riquezas que le brindaban sus adoradores, para seguir los impulsos de su pasión del momento. En el caso de Turck, él sólo era un hombre surgido del arroyo, con un grado militar ganado a fuerza de capacidad y heroísmo. Su paga de comandante de varios meses apenas hubiera bastado para una de las recepciones que Ikon celebraba en su casa de Seúl, o en su palacio de Tokio...

—En estas cuestiones siempre suele suscitarse la rivalidad, muchas veces a pesar nuestro —comentó Sloan.

Pero enseguida se notó en una posición falsa. Aquello no iba con su carácter. Él no había lamentado nunca que Tom se sintiera celoso de él. Ikon apenas le había importado, pero sí le había interesado hacer que Cowper sintiese su inferioridad ante él. Era la revancha, tal vez demasiado pobre, demasiado plebeya, que un hombre como Turck, criado en los suburbios de San Francisco, y que de pronto el azar hizo que conociese la esplendidez de los Cowper, se tomaba con ellos.

Turck nunca había querido del todo a los Cowper. Reconocía su generosidad, pero odiaba su fuerza. Y algo más que eso. En el alma de Turck Sloan había arañazos dolorosos, producidos por la soberbia incorregible de aquella familia...

—Precisamente por eso no me decidí anoche a imponer un correctivo al capitán Cowper —manifestó, con entera franqueza.

Lo dijo dirigiéndose al coronel Wallton, en espera de que éste se volviera para escucharle. Le estaba dando la explicación que antes, estando solos, no se había atrevido a formular. Pero el coronel parecía demasiado ocupado con los mapas, y no se volvió.

—Esos escrúpulos hablan muy en favor suyo, comandante Sloan —opinó Kaster.

—¿Qué diablos de escrúpulos? —gritó de pronto Wallton, tremante de ira—. ¿Qué porquerías son ésas? ¿Es que sus líos de alcoba van a llegar a la trinchera? ¡Su deber era informarme anoche mismo!...

Volvió la espalda a los mapas y se quedó mirando a todos, en

actitud hostil.

—No sé qué planes son los de ustedes, pero desde este momento les anuncio que no cejaré hasta conseguir que en mi regimiento queden extirpadas todas estas anomalías... Primero que nada, que ese desequilibrado regrese a nuestras líneas, vivo o muerto...

—Nada de eso, coronel —manifestó Kaster, procurando que su sonrisa resultase lo más cordial posible—. Interesa que el capitán Cowper se meta en la casa de Ikon Shimay...

—¿Para qué? —rugió el— coronel.

Kaster se humedeció los labios antes de contestar:

—Hay razones para ello, coronel Wallton... Razones de peso...

—¡Razones de peso! ¡No doy un centavo por ninguna de ellas! Enredan ustedes las retaguardias, con intrigas y sucios negocios, y luego vienen a purificar sus manos en las líneas de fuego...

Kaster y el jefe de Estado Mayor se miraron. Este intervino al fin:

—Coronel Wallton: Traemos órdenes concretas para un plan a realizar... Confiamos en que usted no nos pondrá dificultades. El comandante Sloan debe volver inmediatamente a su batallón, y esperar órdenes... Suponemos que los demás jefes de batallón ya se hallan en sus puestos.

—Así es... salvo que por el camino no hayan creído conveniente desobedecer mis órdenes —replicó, con amargo sarcasmo, Wallton.

De buena gana Sloan hubiera saltado al lado de su jefe. Por momentos el «viejo» se le iba apoderando más. Turck entreveía que se hallaba metido en un asunto con ramificaciones complicadas, en el que él, seguramente, no era más que una rutinaria ruedecita. «¡Vaya! Y yo había decidido hoy no preocuparme...».

Se adhería totalmente a la actitud de su jefe. Veía al veterano soldado oprimido por aquellos dos jefes, mucho más jóvenes que él, manifestándose con una suficiencia que a Turck le pareció intolerable. Sin embargo, no había nada de ello. Tanto Jarling como Kaster, no hacían más que cumplir con su misión.

Afortunadamente Sloan pudo contenerse. Sabiendo que, si permanecía allí mucho tiempo llegaría un momento en que su indignación se manifestaría, quiso aprovechar la oportunidad que se le brindaba para retirarse.

—Mi coronel —dijo, mirando al «viejo» con profunda adhesión

—. Usted decidirá si debo volver a mi puesto...

—Sí, Sloan —contestó Wallton, con sorprendente tranquilidad

—. Vuelva a su batallón y espere... siempre que estos señores no opinen lo contrario.

—Su deseo es el nuestro, coronel Wallton —manifestó Jarling.

Lo dijo procurando un sincero tono de conciliación. Pero a Wallton le hizo el efecto de un escopetazo. Muy pálido, miró a los dos visitantes. Luego, volviéndose a Turck:

—¡Retírese, comandante Sloan! ¡Ya lo ha oído!

—¡A sus órdenes!

Y sin apenas saludar, Turck dio media vuelta y salió de la chabola.

Al quedar los tres solos, Wallton fue al camastro, cogió dos mapas desplegados y los puso sobre la mesa.

—A duras penas he podido contener mi protesta delante del comandante Sloan —declaró, con voz ronca.

—¿Qué protesta? —preguntó suavemente Kaster.

Pero Wallton, absorbido por alguna idea que acababa de asomar en su mente, se quedó mirando lejos, y su semblante fue iluminándose en una alegría sarcástica.

—Parece que hoy, más que firmarse una tregua, ha sido dar la señal para que rompamos con la disciplina. Exactamente eso parece. Porque yo mismo, que jamás hubiera imaginado discutir órdenes de mis superiores, hoy me siento impulsado a hacerlo. ¡Estoy dispuesto a que mi protesta llegue a lo más alto, y a hacer frente a las consecuencias que ello pueda tener!...

Se encogió de hombros, despectivo, y añadió:

—Después de todo, terminada esta campaña, es llegado el momento de poner en práctica el sueño de toda mi vida: una granja...

—Y escribir sus memorias —rió Kaster—. ¿A qué viene eso, coronel?

—Durante estas últimas tres semanas, mi regimiento y yo hemos estado dando tumbos, unas veces taponando brechas y otras obligándonos a permanecer aferrados a posiciones que a primera vista no tenían ningún interés.

Indicó uno de los mapas, lleno de señales hechas con lápiz azul.

—Aquí están todos nuestros avances y repliegues. En realidad,

no es más que un remolino en torno a un mismo punto: la casa de Ikon Shimay...

—Exactamente —asintió Kaster, sorprendido por la sagacidad del viejo soldado—. ¿Cómo lo ha adivinado?

—No creo que tenga nada de complicado. En un momento en que nos vimos obligados a echar mano de todas nuestras reservas, ustedes conceden bonitamente un permiso a todo un capitán de compañía que se halla en primera línea... A partir de esa fecha, todos nuestros movimientos son alrededor de este punto...

Señaló la zona que correspondía al valle, a los mojones de roca, al nudo del río y al manchón de arboleda en cuyo centro se levantaba la casa de Ikon Shimay.

—¿Saben cuántas bajas hemos sufrido en esos días?

Los ojos del coronel Wallton relumbraron, y más que mirar a los dos jefes, parecieron disparar contra ellos.

—¡Para un soldado de la vieja escuela como yo, esto resulta un escarnio a mis hombres muertos y a mis canas! ¡Yo no puedo admitir en silencio haber servido de conejo de indias para una de sus lucubraciones de espionaje!

—¡Pero, coronel! —protestó, en tono afectuoso, Kaster—. Su regimiento no ha hecho más de lo que han hecho otras fuerzas. Los demás han avanzado, han retrocedido, y han vuelto a avanzar siempre sobre los mismos planos... El coronel Jarling podrá informarle mejor que yo...

—Eso es cierto —corroboró el aludido—. En cuanto a ustedes, he de manifestar que hemos obedecido las sugerencias del departamento de información. Teníamos la certeza de que la tregua iba a quedar concertada de un momento a otro, y debíamos procurar que el bosque y con él la casa de Ikon Shimay sirviese de pivote a su regimiento.

—Pero ¿puede saberse para qué diablos? —vociferó Wallton—. ¿Es que puede admitirse seriamente que por una aventurera...?

La sonrisa que apareció en la boca de Jarling, y la forma en que Kaster acentuó la suya, no le dejaron seguir.

—No se trata de una mujer —explicó Kaster—. Es toda una organización preparada para hacer trizas esta paz, que apenas ha nacido... Hay un hecho muy importante que usted no ha tenido en cuenta. Hace algunas semanas su regimiento intervino en la captura

de algunos prisioneros puestos en libertad por el Presidente Rhee...

—Yo y mis hombres nos limitados a cumplir órdenes —replicó Wallton—. Tal vez fué la misión más dolorosa que hemos realizado en esta caótica campaña...



—Yo y mis hombres nos limitamos a cumplir órdenes

3 — CITA

—Nadie lo discute... Pero hay alguien que ha querido

aprovechar esta circunstancia para llevar el agua al sitio que más le interesa...

—¿Esa mujer?

—Sí —respondió Kaster—. De tiempo teníamos noticias de que el fusilamiento era una burda farsa. Es más: teníamos sospechas de que se encontraba en Tokio... Al poco de actuar ustedes en la captura de los pasioneros, tuvimos la certeza de que esa mujer se había trasladado a Seúl, La confidencia nos vino de uno de los prisioneros nortecoreanos. Ikon Shimay alentaba la hostilidad de los perseguidos contra nuestro ejército, y, más concretamente, contra dos oficiales de su regimiento. En realidad, yo diría contra uno: el Comandante Sloan...

—Si fuera así, anoche lo tuvo bien al alcance —replicó Wallton.

—Anoche aún no se había firmado la tregua, coronel. Pero es indudable que ella sabía que iba a firmarse... De ahí que ella decidiera acudir a su finca, utilizando un conducto que nuestros agentes «dobles» le habían preparado...

Henry Kaster se levantó, cogió uno de los mapas, y, tras observarlo unos instantes, dijo:

—Va usted a ver la jugada que nos prepara nuestra hermosa enemiga. Según las condiciones de la tregua, la finca quedará situada...

A medida que el jefe de contraespionaje avanzaba en su peroración, el coronel Wallton y el mismo Jarling, se sentían más y más intrigados.

Durante varios minutos, Kaster siguió hablando. De vez en cuando dejaba una intencionada pausa, para que sus argumentos quedaran bien asentados.

Al terminar, levantó la cabeza y se encontró con que la frente de Wallton permanecía atormentada por varias arrugas. Se veía con claridad que en su mente se estaba desarrollando una gran lucha. Tan pronto parecía adherirse a lo que acababa de oír, como los rechazaba, escéptico.

—¿Qué opina, coronel? —le instó Kaster, tras— un largo silencio.

La duda era la que parecía haber triunfado, al exclamar Wallton:

—Pero ¿por qué diablos tenía que acudir el capitán Cowper? Sloan pudo muy bien detenerle...

—Nada hubiera significado —respondió tranquilamente Kaster—. Quien en realidad le interesa a Ikon, es Sloan... Y su comandante hubiera ido. Su comandante irá, es seguro. A estas horas, cuando él ha llegado al puesto de Mando de su batallón, se habrá encontrado con una noticia que le hará saltar sobre todas las órdenes.

Y tras un silencio, añadió:

—Ikon Shimay ha llevado consigo un resorte que no puede fallar: a Yani, la hermana del capitán Cowper...

CAPÍTULO III

Pero Henry Kaster, del servicio de contraespionaje, se equivocó en sus cálculos. Cuando Sloan recibió orden de avanzar para ocupar el serrijón situado al norte de la finca de Ikon Shimay, nada sabía de que Yani se encontrase allí.

De saberlo, enseguida hubiera visto el juego. Tal vez, más tarde, su reacción hubiese sido la que esperaba Kaster; acudir en auxilio de la joven. Pero en el primer momento, Turck se hubiera limitado a hacer una mueca despectiva y a encogerse de hombros: «¡Ah! ¡Muy bien! La millonaria sedienta de aventuras ha venido a la guerra para ver cómo baja el telón...».

Lo único que Sloan sabía era que la muchacha se encontraba en Tokio, cuando Tom estuvo allí con permiso. Se lo dijo el mismo Cowper, cuando regresó.

»—He estado con Yani...

Turck se limitó a emitir un «¡Ah!» indefinido, que lo mismo podía ser sorpresa que indiferencia. Tom pareció extrañado del poco efecto que le producía la noticia.

»—Hemos hablado de ti —siguió.

»—Naturalmente. Ha querido saber qué tal me porto contigo...

Fue en lo primero que pensó. La familia Cowper mandaba a la niña como delegado inspector para averiguar si el niño se encontraba bien, y ver si Sloan obraba como un ser que reconocía los favores recibidos, o como un verdadero plebeyo, envidioso y desagradecido.

Por que si Cowper figuraba en su batallón, no era, por obra del azar, sino por decisión de los Cowper, que habían puesto en juego todas sus influencias. Por aquellas fechas el batallón de Sloan se hallaba de guarnición en Tokio. La decisión de los padres de Tom no fue del todo mala.

Tom era en el batallón de Turck una factura viva, en pie. Era la

hora de ir amortizando la cuenta. En su infancia, cuando sin padres iba a la deriva por los suburbios de San Francisco, los Cowper no vacilaron en tenderle una mano, sin asco a la suciedad que llevaba encima. Lo metieron en un colegio, en el mismo colegio que estaba Tom.

La gran guerra soltó su andanada y los cuadernos de apuntes, los proyectos bien calculados para un futuro lleno de paz, saltaron por el aire, se perdieron para siempre...

Después de la guerra, Turck apareció por el palacio de los Cowper. Los encontró más ricos, más fuertes que nunca. La resaca de la guerra había dejado en la misma puerta del palacio arena de oro.

Al primer momento, Sloan sufrió una sensación de malestar. El traía el grado de capitán, una condecoración y algunas cicatrices en el cuerpo.

Luego pensó que en todas las guerras sucedía lo mismo, por una transformación natural de la que nadie tenía la culpa. La sangre que teñía las aguas de alta mar, pasaba por mil filtros y al llegar a tierra aparecía convertida en oro.

Nadie tenía la culpa de aquello. El mismo, ¿qué podía decir de aquella familia? Su regreso fue acogido con verdadero afecto.

»—Dejarás el Ejército, ¿verdad, Turck?... Proseguirás los estudios...».

¡Los estudios! ¡Qué hueco le sonó aquello! ¡Los estudios! ¿Para qué? Y mientras pensaba esto no apartaba los ojos de la preciosa muchacha que, un poco aparte del grupo, permanecía sentada al desgaire, con soberana indiferencia, y que ni siquiera había hecho ademán de levantarse al aparecer Turck. «¡No es la misma! —pensó—. Sigue tan hermosa como era, pero no es la misma...».

Pocas veces apareció Turck por la casa de los Cowper. Alguna vez permaneció a solas con Yani. De repente, varias millas de mar se pusieron por medio. Ni siquiera fue a despedirse de sus protectores. Había una razón que lo justificaba. El regimiento al que Sloan pertenecía, salió precipitadamente para el Japón...

Ya encendida la guerra de Corea fué cuando Turck volvió a tener contacto con los Cowper. Fue con la aparición de Tom, con su llamante uniforme de capitán.

«Voy a estar a tus órdenes», fueron sus primeras palabras.

Y Turck presintió enseguida lo que iba a ocurrir. Conocía a Tom de sobra para no hacerse demasiadas ilusiones. Era la cuenta que el Destino le presentaba...

Durante su permanencia, en el Japón, Tom cometió las suficientes torpezas para ser expedientado. Turck hizo lo posible por que las faltas no trascendieran. Y cuando supo que el batallón pasaba a Corea, para formar parte de una unidad de primera línea, Turck respiró:

Esperaba que, entonces, los padres de Tom pusieran en marcha otra vez sus influencias, para apartarlo del peligro. Sin duda lo hicieron, pero sin resultado. Tom Cowper sufrió como cualquier otro soldado los aluviones de metralla o los cuchillazos del viento glacial, no menos aniquiladores.

Turck consideraba el último permiso concedido a Tom como un efecto del poderío de aquella familia. Y, por un momento, volvió a sentir el mismo malestar que experimentó cuando vio el esplendor de los Cowper, recién terminada la guerra. Aquel permiso se concedía cuando el sector iba despedazándose y se echaba mano incluso de heridos, para taponar brechas. Si alguna vez Sloan sintió verdadero odio hacia Tom y su familia, fue en ese instante...

Luego, volvió a tranquilizarse, encogiéndose de hombros. Nadie tampoco tenía la culpa de aquello. Las cosas sucedían así, porque así tenían que suceder, y nada más.

Sloan, aun después de haber asistido a la reunión con el jefe de Estado Mayor y el jefe de contraespionaje, se hallaba muy lejos de dar al permiso de Tom el alcance que tenía. En realidad, los pasos del capitán Cowper en Tokio habían sido como los movimientos de la aguja de un sismógrafo, inconscientemente, aquel muchacho había proporcionado indicios suficientes para que el servicio de contraespionaje se lanzara a atar cabos sueltos y efectuara preparativos, cuyos efectos iban a tener lugar en aquel día, precisamente cuando todo parecía terminado.

Todo el regimiento del coronel Wallton se puso en actitud de batalla. Salieron de las trincheras y procedieron al avance.

Durante un buen rato las líneas enemigas permanecieron mudas, como inmovilizadas por el estupor. Seguramente aquello se les antojaba una broma. Ya no habían hecho caso de la escaramuza de una hora antes, cuando un capitán y un puñado de hombres, se

habían lanzado a zigzaguar por las lomas, disparando a ciegas, quizá para enardecerse y espantar el miedo...

Una broma era ocupar un terreno que unas horas después tendrían que abandonar por las buenas. Se conocían perfectamente las condiciones de la tregua. Cada bando se retiraría dos kilómetros de la línea de demarcación.

Pero la línea de alto el fuego no iba a ser la que señalasen las armas cuando sonasen las diez de la noche, que era cuando debía hacerse el último disparo.

Ambos frentes constaban ya sobre los mapas. Era la línea de batalla existente doce horas antes de que la tregua se firmara. Por lo tanto, todos los avances o retrocesos que pudiesen efectuarse ahora era trazar rayas sobre una arena por la que, enseguida, iba a pasar un rulo.

Sin embargo, el regimiento del coronel Wallton proseguía deslizándose, deprisa y sin la menor vacilación, como si cada hombre ya tuviese estudiado su objetivo, o estuviese seguro de que desde la otra línea no iban a presentarles obstáculos.

Era cierto que cada cual tenía señalado su objetivo. Lo esencial de aquella operación era ocupar las alturas más cercanas al lado del río. A primera vista, ningún valor estratégico tenían aquellos pequeños montes. Desde enfrente y desde atrás se les dominaba.

El enemigo les dejó hacer. El círculo en torno al bosque y la casa de Ikon Shimay, fue formándose. Cada batallón fue situándose en una línea delgadísima, como si no tuviese más misión que no dejar en el cerco ningún resquicio abierto.

El último en situarse fue el batallón de Sloan. Era también el que más había tenido que profundizar. Las lomas del Norte caían muy cerca de la línea enemiga y tenían que avanzar con tiento, pues el menor descuido les pondría a quemarropa del enemigo.

Turck iba apostando a sus soldados en las depresiones que apenas si les ofrecían un medio de defensa.

—Presentad cara al enemigo, pero sin descuidar aquello —les aconsejaba.

«Aquello» era la mancha del bosque dentro del cinturón de agua, y la casa con aire de pagoda. La mayoría de sus subordinados conocían la zona. Por operaciones anteriores, más graves, mucho más dramáticas, y porque otros, de la Cuarta Compañía tuvieron

que retirarse por allí la noche anterior.

Los soldados no hacían grandes esfuerzos por disimular su estupor.

—Dejamos un sitio sin que nadie nos obligue a ello, para enseguida volver sobre él... ¡Maldito si lo entiendo!

—Querrán evitar que nos entumescamos en los parapetos —apuntaba alguien, zumbón.

Sloan sabía que si las cosas se ponían mal, la gente se le desmandaría. Todos estaban hechos ya a que la guerra había terminado. Aquel plazo de horas era pura filfa. Adornos a una inicial de alguien que no tiene prisa...

Pero cuántos estaban en primera línea, tanto de un lado como del otro, ardían en deseos de soltar el arma, con el depósito vacío.

Existía, además, la circunstancia agravante de que aquella operación tan intempestiva parecía promovida por el capitán Cowper. Tom no era nada popular entre la tropa, y menos aún entre sus compañeros. El trato de favor de que era objeto, su carácter desequilibrado, la idea de que aquel hijo de millonarios había acudido a la guerra en plan de deporte, habían levantado a su alrededor una alambrada fría, más bien una franca hostilidad. Sólo faltaba este incidente final...

—¡Maldita sea! ¿Por qué no se caería anoche al río? —comentó alguien que tomó parte en la retirada del bosque.

—¡El comandante bien le vapuleó! —dijo uno que estuvo presente en el instante en que Turck reprendió a Cowper.

—¡Tonterías! Ellos no se muerden nunca...

Turck no ignoraba este rezongar de la tropa, y lo que más le dolía era que estuviese justificado. En ningún momento de toda la campaña se sintió tan intranquilo como en aquellas horas. Miraba con temor hacia las posiciones enemigas, encerradas en un obstinado silencio y sentía la angustia de que pronto despertaran...

Cada herido, cada muerto que produjeran en sus filas sería algo que difícilmente se podría borrar en su conciencia.

—¡Mi comandante! En aquella loma se ve a uno de los nuestros...

—¡Es Welles! —anunció un sargento de la Cuarta Compañía.

Fue en el momento en que Turck apostaba al último grupo. En la loma que quedaba entre las posiciones enemigas y ellos, se veía a

un soldado, pegado a una roca, agarrado fuertemente a ella con un brazo en tanto que con el otro intentaba hacer señales.

Era, efectivamente, el soldado Welles, uno de los que habían salido con el capitán Cowper.

—Que me acompañe uno de vosotros. Los demás quedaos aquí, bien alerta...

Sloan y un soldado se encaminaron hacia la loma. A medida que se acercaban a dónde estaba Welles fueron dándose cuenta de que éste sangraba por el pecho, y su rostro se hallaba intensamente pálido.

A juzgar por la expresión de su cara, la llegada de su comandante parecía aterrorizarle. Con los ojos desencajados, balbuciendo algo ininteligible, hacía con la mano que le quedaba libre gestos de que se marcharan.

Cuando Sloan fue a darse cuenta, era ya demasiado tarde. Toda una hilera de soldados nortecoreanos apareció en lo alto de la loma. Multitud de fusiles aparecieron inclinados, apuntando a la vertiente.

Turck y el soldado que le acompañaba permanecieron quietos en su sitio. Este fué quien al primer momento hizo ademán de levantar el fusil, pero su jefe le contuvo.

—Nada de tonterías...

Sloan se quedó mirando tranquilamente al enemigo. Casi se alegraba de que las cosas se desarrollaran así. Prefería ser él el sacrificado.

Un silencio impresionante, amenazador, reinaba en torno. De pronto, Turck, apartó la vista de sus enemigos y miró al herido:

—¿Qué ha ocurrido, Welles? ¿Dónde está el capitán Cowper?

Los ojos del herido refulgieron.

—¡Nos... abandonó!...

Y con la mirada pareció apuñalar el bosque y la casa en forma de pagoda...

—Algo que no se comprende, comandante... Tal vez, lo que ustedes llaman «locura del frente»...

Quién decía esto pronunciaba con un acento exótico, bien conocido por Turck. Levantó la cabeza y se encontró con un oficial norcoreano quien, surgiendo de en medio de la fila de soldados, descendió unos pasos.

Era muy alto, extremadamente delgado, con unos pómulos tan

salientes y puntiagudos, que daban la sensación de que iban a atravesar la piel.

Sus ojos oscuros, y casi totalmente cerrados, tenían un fuerte brillo, tal vez de burla. Y en su boca se veía una fría, enigmática sonrisa. De su cinto colgaba una pistola ametralladora, idéntica a la de Sloan.

—¿Qué le parece incomprensible? —preguntó, con ingenua sorpresa, Turck—. ¿Qué vengamos a recoger nuestros heridos?

El oriental acentuó su sonrisa:

—Oh, no. Su sentimentalismo me es bien conocido... A lo que ya no estoy tan acostumbrado es a que quieran malgastar su sangre, sobre todo, si es «occidental»... ¿Qué fiesta es la que preparan?

Y los ojos oblicuos se abrieron abarcando todo el paisaje. Su mirada fue pasando de una loma a otra, dando a entender que veía lo que tras de cada cual se ocultaba.

—¡No lo comprendo! —exclamó al final.

Su confusión parecía sincera. Y Turck pensó sacar partido de ella.

—Estamos explorando estos lugares, para recoger a nuestros heridos.

—No hay ningún herido —replicó el asiático—. Sólo los que ustedes han querido que hubiera ahora. ¿Qué le ocurría a ese capitán? ¿Se ha vuelto loco?

—Nos tememos que sí —respondió Turck. Y enseguida, dirigiéndose al herido—: ¿Dónde está el capitán Cowper?

—Allá...

Con el gesto indicó el bosque.

—¿Y los otros?

—No sé... Por ahí... Nos negamos a seguirle.

Quería que pasáramos el río... ¿Para qué? Sabíamos lo que usted pensaba del capitán... Sí. Nos miraba como un loco... Cuando nos negamos, nos amenazó... No le hicimos caso y le volvimos la espalda. El siguió vociferando y entonces, cansados, nos volvimos y nos echamos el fusil a la cara... Sólo queríamos asustarle... Entonces, ocurrió la cosa...

—¿El capitán os tomó la delantera? —inquirió Turck, asustado de que Tom hubiese sido capaz de hacer fuego contra sus soldados.

—No... No fue el capitán...

—¿Quién, entonces? —Y dirigió una rápida mirada al enemigo que, silencioso o inmóvil, coronaba la loma.

—Gente que había en el bosque...

Turck estuvo a punto de replicar que, según sus cálculos, allí sólo podía haber una mujer. Quizá algún criado... Pero se limitó a preguntar, en tono burlón:

—¿Tiraban bien?

—¡Oh...! ¡Demasiado bien!

—¿Supones mucha gente?

—Sí. Mucha... Todo el bosque ardía de tiros...

Turck pensó que el pánico que, seguramente, se había apoderado del grupo les hizo ver las cosas desmesuradas. Esto, lejos de agravar la situación, le brindaba una razón para la maniobra que estaban realizando.

—Como verá —dijo, mirando al oficial coreano— tenemos un motivo táctico, además del sentimental que usted conoce... Anoche decidimos replegarnos con el propósito de que entre ustedes y nosotros quedase una zona libre.

—Política de buena vecindad —apuntó el asiático, con ironía.

Turck ya le había reconocido. Sabía que se enfrentaba con el comandante de brigada Peng Won uno de los jefes más belicosos y astutos del sector. Durante varios días, el regimiento de Wallton había estado haciendo frente a las fuerzas de Peng Won, encajando sus embestidas y esquivando sus emboscadas. En una ocasión, el batallón de Sloan se vio cercado. Tuvieron que abrirse paso con bombas de mano, luchando cuerpo a cuerpo. Fue entonces cuando, por primera vez, Peng Won y Turck Sloan se vieron de frente. Solamente unos segundos. Lo que tardó en estallar la granada de humo que Sloan acababa de lanzar para proteger la retirada del último grupo de sus hombres.

—Exacto: Política de buena vecindad que ustedes no parecen muy dispuestos a aceptar —replicó Turck—. Apenas nos retiramos, metieron ustedes fuerzas en ese bosque... En estas circunstancias, nos parecen perfectamente inútiles.

Sé muy bien la disposición de mis fuerzas, y puedo asegurar que ahí no hay gente mía... ¿Para qué?

Sloan se limitó a indicar con el gesto al soldado Welles. Sus declaraciones parecían tan verdad como sus heridas. Durante unos

momentos el nortecoreano permaneció pensativo. Se vió claramente que aquello le intrigaba, precisamente por lo absurdo.

Un oficial occidental arrastra tras de sí a un grupo de soldados para meterse en un sitio dejado horas antes. Los soldados se rebelan y del interior del bosque disparan contra ellos. Peng Won había visto que la cosa ocurría así. Las circunferencias de sus prismáticos pusieron en su redondez un estupor que sus ojos oblicuos no podían conseguir.

—En concreto: ¿qué es lo que ustedes pretenden? —preguntó el asiático, dando muestras de impaciencia.

—Lo tiene a la vista —respondió con tranquilidad Turck—. Mantener el cerco a ese bosque, hasta el alto el fuego... Tenemos ahí fuerzas hostiles, y un oficial nuestro que colabora con ellos. Eso es todo.

Peng Won se encogió de hombros.

—Como quieran. Creí que estaban ustedes cansados... Nosotros, por lo menos, lo estamos. Pero eso no impedirá, que les secundemos, si ustedes deciden que en estas últimas horas sigamos destrozándonos.

—No es ese nuestro deseo. Pero si tenemos orden de mantener bien cerradas las salidas de ese bosque, no le quepa duda de que las cumpliremos, por caro que resulte conseguirlo...

Sloan hablaba con una tranquilidad no exenta de ironía, procurando por todos los medios que el otro no se diera cuenta que, una batalla en gran escala era lo que menos deseaban, porque, indudablemente, tendrían que proseguir el avance, siempre costoso, o regresar al punto de partida, con lo que el bosque volvería a quedar en terreno de nadie. La táctica era contemporizar, pero sin demostrar debilidad.

Los ojos oblicuos permanecían fijos en el rostro de Turck:

—¡Usted es el comandante Sloan!

—Sí, comandante Peng Won —respondió rápido el americano.

—¡Buen soldado! —exclamó el nortecoreano—. Tal vez demasiado bueno para sus soldados y para los míos... Ha mantenido usted la partida hasta el final. Otro se hubiera retirado más pronto.

Y tras una pausa, agregó:

—Agradezco la oportunidad que me brinda de que sea usted mi... «huésped», aunque sólo sea por unas horas.

—¿Su huésped? No comprendo... Aun no se ha dado autorización para «confraternizar».

Pero Turck sí que le había entendido. Más que en sus ojos, casi cerrados, había estado leyendo en la frente del asiático.

—He dicho huésped... porque en ningún momento lo consideraré mi prisionero.

—¡Qué lástima! —exclamó Turck, cruzándose de brazos.

Al movimiento que hizo, la pistola ametralladora se balanceó dentro de su funda. También el arma del norcoreano seguía colgante del cinto.

Pero en lo alto de la loma, una hilera de soldados asiáticos seguían con el fusil inclinado.

—Ya que usted me reconoce, como buen jugador, yo no tengo inconveniente en confesar que en algunos momentos me ha parecido un contrincante difícil... Por eso es de lamentar... Mire a su derecha, Peng Won. Y también a su izquierda...

Y fue más por instinto que por la indicación de Turck por lo que el norcoreano miró a un lado y otro. Su experta mirada reconoció enseguida la situación. En dos montículos situados a los flancos, en su cima, apenas si se percibían dos puntos oscuros.

—Un movimiento sospechoso de sus hombres —siguió Turck, con imponente serenidad— y será como un manotazo al tablero de ajedrez. Usted y yo nos confundiremos en el mismo montón de carne destrozada.

Los dos puntos oscuros eran dos bocas de ametralladora, emplazadas por un puñado de hombres de Sloan. Aquello era una maniobra desesperada. Si se rompía el fuego, los ametralladoristas caerían infaliblemente, batidos desde posiciones más altas. Pero era seguro que Peng Won y los que le acompañaban pagarían su escote...

Lo difícil era tomar el segundo de ventaja en apretar el gatillo.

—¿Qué opina ahora, Peng Won?

El asiático sonrió:

—Una vez más, dejaremos en tablas la partida. ¿Le parece?

—Creo que es lo más prudente —rió Sloan.

—Pero yo de ustedes, en las pocas horas que nos quedan de poder hacer uso de las armas, procuraría mantenerme en una actitud discreta...

Lo tendremos en cuenta, Peng Won... Y casi puedo garantizarlo que, por nuestra parte, no se producirá ningún disparo.

El asiático parecía contagiado por el enigma del bosque y se quedó mirando hacia el manchón verde, donde destacaba el tejado ocre de la casa.

—¿Tampoco piensan disparar hacia allí?

—Si es posible, nos mantendremos en actitud pasiva, hasta que se cumpla el plazo... Mañana, tan pronto rompa el día, nos acercaremos. Con las armas descargadas, naturalmente... Si usted lo desea, podrá acompañarnos...

—Tal vez lo haga —manifestó Peng Won.

—Sí. Será conveniente. Compondremos una comisión mixta para dilucidar lo que se deba hacer con los prisioneros...

—No creo que dé lugar a muchos quebraderos de cabeza. Yo me llevaré los míos, y usted los suyos. Sólo que dudo que ahí se encuentre gente mía.

—Eso el nuevo día nos lo dirá... ¿Aceptado el pacto, Peng Won?

—Aceptado... Siempre que se mantengan en la actitud pasiva de ahora...

—Descuide. Voy a empezar las gestiones para que por nuestra parte, no vuelva a oírse un disparo...

Saludó, militarmente, y el asiático le correspondió de la misma forma. Ambos parecían un poco desconcertados de que aquello fuese posible, sobre el terreno en que unas horas antes, y durante semanas, meses, incluso años, habían estado combatiéndose de la manera más encarnizada.

Tanto de un lado como del otro, infinidad de prismáticos habían estado siguiendo la escena. Todos permanecían bajo la misma sensación extraña...

Después de saludarse, ambos jefes se volvieron la espalda, desapareciendo cada cual por un sitio. Y no era el saludo de dos enemigos, sino el silencio que reinaba en el sector lo que impresionaba.

Un silencio que parecía el tributo a millares y millares de muertos...

CAPÍTULO IV

Y ese silencio, luego, ya con la noche encima fue el que puso todos los sentidos de Sloan en estado de alerta. Pero ¿contra qué debía prevenirse? Nada se veía. Nada se oía...

Las recientes lluvias habían socavado las laderas del terraplén, convirtiéndolo en un lodazal intransitable. Apenas dar unos pasos, Turck Sloan quedó atascado. Quiso retroceder, pero no lo hizo con la debida precaución, y cayó de bruces.

Afortunadamente hacía unos momentos que había decidido guardarse la pistola; de lo contrario se encontraría con que la tenía poco menos que inservible.

En otro estado de ánimo, una simple caída en el barro no le hubiera hecho perder los nervios. A aquellas alturas, él ya estaba demasiado experimentado en incursiones nocturnas en campo de nadie. Saltar el parapeto para efectuar un avance, toda la línea en conjunto, con tronar de cañones, ronroneo de aviación, cortinas de balas por encima de uno, era muy distinto a saltar el parapeto en cualquier noche cerrada, seguido de un reducido número de hombres, para dar un golpe de mano o efectuar un servicio de patrulla.

Incluso él sólo había llegado varias noches a situarse a muy pocos metros de las defensas enemigas, permaneciendo de escucha horas y horas...

En todos estos casos sus nervios habían permanecido tranquilos. De vez en cuando, en la noche se producía un desgarrón, por algún proyectil de mortero o la cuchillada de una ráfaga de ametralladora, tirada al azar.

Se daba cuenta de que ahora el peligro residía en él mismo. Si obraba con tranquilidad, nada tenía que temer. Ningún arma le acechaba allá detrás. Quizá tampoco allá delante...

Había cruzado las líneas sin que nadie lo advirtiera. En el

batallón le creían en el puesto de Mando del coronel Wallton. Para hacer esto había tenido que dar un largo rodeo y precisamente, caer en lo que más había querido evitar: extraviarse.

No le quedaba más punto de orientación que oír el río. Hacía algo de viento y en lo alto, la coraza de nubes había momentos que se desgarraba, en un estallido mudo, fantasmal, dejando clavada la metralla de estrellas.

Salió del barrizal y echó a andar, buscando la ladera pedregosa de una loma. Poco a poco empezó a adueñarse la idea de que se movía en un mundo muerto.

A los pocos pasos tuvo una prueba evidente. Ya no era el barro lo que obstaculizaba su marcha. Ahora eran soldados muertos.

Los cadáveres fueron los que se encargaron de recordarle que aquella loma había servido de yunque, días atrás, para que centenares de hombres quedaran aplastados.

Apresuró el paso. El hedor empezaba a producirle vahídos. Quería escapar de allí por las molestias que le producía y porque acababa de darse cuenta que se había desviado bastante. Tomó ahora una dirección transversal.

Solamente percibía sus propios pasos, el desesperante chasquido de sus botas al despegarse del barro. Se puso a pensar en lo que dejaba, atrás.

El coronel Wallton conocía su escapada. Solamente él. Eso, por lo menos, creía Sloan.

—Al terminar su entrevista con Peng Won, comunicó con su jefe. Quietos en sus puestos hasta el alto el fuego, le indicó. La condición fue aceptada.

Intencionadamente, había modificado la condición del jefe norcoreano. Éste sólo pidió que no hicieran uso de las armas. Pero Turck temía que si se movían del sitio, los del bosque, gente sin control, podían hostigarles...

Y cuando ya hubo terminado de informar, deslizó, como sin darle importancia: «El capitán Cowper fue invitado» al mismo tiempo que yo... Tal vez, si la noche se presenta tranquila..., El jefe cortó rápido: «¡No quiero saber nada. Sloan!...».

Lo que menos podía imaginar Turck era que, en el momento de decir esto, en el puesto de Mando del coronel Wallton, dos jefes de distintos departamentos se miraban, manteniendo en los labios una

significativa sonrisa: uno era Jarting, del Estado Mayor, y el otro Henry Kaster, del servicio de contraespionaje. Éste fue el primero que habló, apenas el coronel cerró el altavoz de la emisora:

—Es preferible que el comandante Sloan acuda a la cita por propia decisión... Pero si vacila, habrá que advertirle quién se encuentra allí, además de Ikon Shimay y el capitán Cowper...

El coronel Wallton le miraba con sorna:

—¿No dio usted por seguro que Sloan lo sabría tan pronto regresase al batallón?

—Ha habido un fallo, lo reconozco —admitió Kaster—. Y eso es lo que me inquieta. El capitán Cowper se ha llevado el mapa de operaciones del comandante Sloan. Puede ser simple casualidad...

Dentro del mapa, uno de mis enlaces había deslizado una nota escrita por la propia Yani Cowper, llamándole... Puede ser casualidad, o puede que ese capitán sepa demasiado. Si cuando anochezca, el comandante Sloan no parece decidido a intervenir por su cuenta, habrá que ponerle en antecedentes. Y en ese caso, correremos el riesgo de que lo tome demasiado a pecho, y su actuación no tenga la espontaneidad que ahora nos hace falta.

Wallton seguía mirándole con sorna.

—Nuestras torpezas en la guerra —dijo el viejo Soldado— son tan claras, quedan tan a la vista de todos, que nadie intenta ocultarlas... Pero ustedes, con sus marañas y penumbras, ¿qué hacen, cuando se pasan de listos?

Kaster se echó a reír:

—En el caso presente, aún no ha ocurrido eso, coronel Wallton...

Eso era lo que Turck dejaba atrás. Sabía que era una simple ruedecita en una complicada máquina, pero todavía ignoraba qué extorsión se podía producir si él se paraba.

Sloan se detuvo. Percibía ya el fragor del agua. Hincó la mirada en la obscuridad, tratando de hallar el perfil del terreno. Dio unos pasos y se detuvo otra vez.

Así, parándose a cada momento, fue acercándose al río...

Una luz de bengala estallo en lo alto. Turck se echó al suelo. La tierra, las plantas, incluso las manos de Turck, manos de soldado vivo, adquirieron un matiz de cadáver.

Durante un largo minuto se mantuvo en lo alto el relámpago

verde, enganchado a cualquier nube, debatiéndose en un temblor de ira...

Sloan pensó que aquel cohete había partido de las posiciones de Peng Won. Le suponía receloso, intrigado por aquel inexplicable despliegue de fuerzas.

De nuevo en plena obscuridad, se acercó hasta el mismo borde del río y echó a andar en dirección contraria a la corriente. Muchas veces sus pies chapoteaban alcanzados por una lengua de agua salida de cauce.

Por fin, tropezó con los troncos que formaban una pasarela. Y sin detenerse a comprobar si aquel paso estaba bien firme, se puso a gatas sobre uno de los troncos y fué alejándose de la orilla. Ya en el centro del río, el tronco empezó a moverse, y Turck tuvo que ponerse a horcajadas.

Alcanzó la otra margen, y, tras observar unos momentos, reanudó la marcha, de espaldas al río. Veía en la obscuridad la masa del bosque recortándose sobre el fondo azul oscuro de la noche.

Otro cohete surcó el espacio, y la osamenta de árboles desmochados por el batir de la artillería se plasmó ávida en una fantástica visión de esqueletos condenados a la inmovilidad, en las más extrañas posturas.

Turck esperó arrimado a un árbol a que la luz verde se extinguiera. Antes miró el reloj. Pasaban unos minutos de las nueve. Ya ni siquiera quedaba una hora para hacer uso de las armas.

Sin embargo, aquel tiempo se le antojó largo, muy difícil de remontar. En un cuarto de hora, en un solo minuto podía desencadenarse una última tempestad de metralla que produjera centenares de muertes «perfectamente legales»...

Cada vez se sentía más satisfecho de haberse decidido a acudir solo.

Se hallaba ya a mitad del bosque. Tenía la sensación de, que de un momento a otro iba a desembocar en la franja de tierra sin vegetación que rodeaba, la casa. El edificio se levantaba sobre una especie de pirámide, formada por una escalinata abierta a los cuatro costados.

Aquel edificio de construcción moderna, daba la impresión de haber sido levantado sobre las ruinas de un antiguo templo. Tal vez

por ello fué por lo que Ikon Shimay lo adquirió. Una mujer como ella, que saltaba sobre todos los prejuicios, que se complacía en presentar cara a los más respetables conceptos, había buscado, sin duda, aquella finca de recreo, para traer allí sus desenfrenos, excitándole tal vez la idea de que bajo aquel reluciente suelo había un soporte de piedras antiguas que sabían de oraciones, y dolor humano, de una masa ya extinguida por los siglos...

Turck creía conocer demasiado a aquella mujer, para suponer que era así. Era sin duda ese mismo espíritu diabólico el que ahora le había inspirado la idea de meterse en la casa, al saber que Cowper y Turck se hallaban en el sector. Citarles, en aquella extraña noche del armisticio. Poner en juego todas sus dotes de seducción hasta enloquecer a uno de los dos, o a los dos, pese a que Turck se consideraba fuera de peligro. Conseguir que Tom y Sloan llegaran a disparar uno contra el otro, cuando ya todo el frente hubiese entrado en la paz... ¡Qué símbolo para Ikon Shimay y para Oriente!

A punto estuvo Turck de soltar la carcajada al pensar en ello. Estaba dispuesto a que fallasen todos los trucos de la intrigante. Aparecería en plan conciliador. Admitiría todas las explicaciones que Tom quisiera darle. Turck no le pediría ninguna... En realidad, su actitud sería cruzarse de brazos y esperar el día.

Por la parte izquierda del bosque se abrió una cuchillada de balas. Fue como una señal.

Infinidad de llamas brotaron por todas partes, y el bosque se pobló de abejorros enloquecidos, rugiendo su mal humor por el sueño interrumpido. Tronaban fusiles y ametralladoras de mano. Tiraban desde el interior del bosque y desde la orilla.

Muchas balas pasaron por encima de Sloan. Éste permanecía agachado, tras el tronco de un árbol, observaba, atento.

Ahora era cuando sus nervios adquirieron el temple que él estaba echando de menos. Roto aquel silencio de muerte, todo volvía a adquirir un perfil normal. El peligro que le circundaba era lo de menos.

Pero poco a poco, a medida que fue reconociendo la situación, se sintió asaltado por una angustiosa inquietud. ¿Contra quién disparaban?

Estaba seguro de que lo hacía gente apostada dentro del lazo del

río, desde mucho antes de que obscureciera. Eran, sin duda, los mismos que habían disparado contra el soldado Welles.

Ahora, ¿contra quién disparaban? Temía que su batallón se hubiese dado cuenta de su escapada, y, desobedeciendo la consigna que él les había dejado estuviesen intentando una incursión en el bosque.

Aquello sería lo peor que podía suceder. Como ya había temido momentos antes, los minutos que faltaban para el alto el fuego podían aún llevarse su parte.

¡Qué estúpida matanza! Turck, apretó los dientes y cerró los puños. Pensó en Tom. No lo imaginó disparando junto con aquellos desconocidos. Ni siquiera lo supuso preocupado, oyendo desde el interior de la casa aquel tiroteo que tan fatal podía resultar para sus compatriotas y compañeros de armas.

No. Lo imaginó en brazos de Ikon Shimay, enervado, con su cara de niño enmascarada con una mueca de depravación...

Sin darse cuenta de lo que hacía, se incorporó y echó a correr y no se detuvo hasta que desembocó en un claro. Tenía la sensación de que más de una vez se había cruzado con alguna silueta humana, que marchaba tan de prisa como él, pero en dirección contraria.

Allí, a unos cuantos metros tenía la casa. Ninguno de sus ventanales aparecía iluminado.

Siguiendo la orilla del claro, fue rodeando el edificio hasta que, por fin, distinguió un recuadro de luz bastante vaga.

Desesperadamente, como si al llegar allí con el mínimo de tiempo fuese la clave de la situación, lanzóse a correr. En dos saltos salvó la escalinata, cruzó el ancho rellano y se metió por la puerta abierta que, bastante al interior, dejaba ver una mancha de luz.

Conocía la casa lo suficiente para no vacilar en sus pasos. La mancha de luz que se proyectaba al final de la primera sala, prevenía de una pequeña habitación situada junto al arranque de una escalera.

Turck procuró que sus pisadas sonasen lo menos posible, a medida que se acercaba a la luz. Ya muy cerca, le pareció percibir un sollozo, medio ahogado. Al mismo tiempo allá detrás, se oyó el golpe de una puerta al cerrarse. Era la misma que Turck había utilizado para entrar.

Afuera seguía el estruendo del tiroteo. Instintivamente, Sloan, se

agachó, y cambió de sitio, empuñando la pistola.

Súbitamente, varias lámparas automáticas empezaron a barrenar la sala, hasta que, por fin, todas las lanzas de luz coincidieron sobre el cuerpo de Sloan. Éste, sintiéndose apresado por la luminosa red, se irguió, y adoptando un gesto alegre, manifestó:

—¡Bonita manera de recibir a los huéspedes, Ikon Shimay!

—Ninguna consideración debe guardarse a los que son remisos en acudir, comandante. Sloan —respondió una voz de mujer que Turck conocía demasiado.

Una voz que, aun pareciendo encolerizada, sonaba a algo dulce y acariciante.

En un ángulo de la estancia se encendió una potente lámpara de petróleo, y el recuadro de la sala fue revelándose en todos sus detalles.

A quien primero vio fue a Ikon Shimay, envuelta en el mismo batín de seda de la noche anterior, la cabellera suelta. Se hallaba sentada sobre unos almohadones, una pierna sobre la otra, y la larga vestidura, ceñida a sus caderas, enroscada a sus piernas, le daba un aire de sirena. Esto hizo exclamar a Turck:

—¡Qué «pose», más estudiada!

Y rió, sabiendo que era en la burla donde estaba el secreto de que aquella extraña situación derivase a lo grotesco. Vio a Ikon hacer ademán de incorporarse, como si todo su cuerpo despertase al dolor de un latigazo. Sus ojos relampaguearon y miraron rápidos, a un lado y otro de la estancia...

Turck estaba dispuesto a no abandonar su aire burlón; a no sorprenderse de nada.

Pero al mirar a un lado, se encontró con quien menos había imaginado: el comandante Peng Won.

Se hallaba sentado en un sillón, cabalgando una pierna sobre la otra, con un codo apoyado en un brazo de sillón y en la mano un cigarrillo apagado.

Turck, que en el primer momento no pudo evitar un gesto de asombro, se repuso enseguida.

—¡Debí figurármelo! —dijo, con aire divertido.

Peng Won sonreía, sin dejar de mirarle. Luego se puso el cigarrillo en los labios, sacó fósforos, y, pausadamente, sin dejar de sonreír, lo encendió.

—¿Qué es lo que debió figurarse? —preguntó, con media cara aun iluminada por la cerilla encendida.

—Que esto era cosa suya —le espetó Turck.

—Se equivoca, comandante Sloan —replicó Peng Won—. Ni siquiera soy invitado... Y antes que nada, le voy a hacer un ruego: ¿Quiere convencer a nuestra gentil «anfitrión», que ninguna fuerza viene detrás de nosotros? Digo: por lo menos detrás de mí. Usted sabe perfectamente que tiene formado el cerco en torno al bosque, y que difícilmente puede pasar nadie sin su control...

—Usted ha pasado —apuntó Turck.

El asiático sonrió.

—No tiene nada de particular en un viejo jugador. Usted ha cruzado mis líneas siempre que se le ha antojado, pese a la estrecha vigilancia de mis soldados...

En tanto se desarrollaba este breve diálogo. Turck miraba en torno, con la esperanza de encontrar a Tom. No había más que cuatro hombres asiáticos, además de Peng Won. Tenían aspecto de guerrilleros, y cada uno empuñaba una pequeña ametralladora. Los cuatro miraban recelosos tanto al comandante norcoreano como al occidental.

—¡Vaya! ¡Soberbia apoteosis! —comentó Turck, riendo.

Instintivamente miró el reloj. Las saetas parecían haberse, parado antes de llegar a las diez...

—¿Y con qué fin quiere que convenza a nuestra bella amiga?

—Con el fin de que cese ese molesto ruido —dijo, sencillamente, el norcoreano.

Se refería al tiroteo, cada vez más intenso, que se producía en la periferia del bosque.

Durante unos momentos Turck permaneció mirando a la bella oriental y al norcoreano.

—No comprendo qué persiguen con todo esto —confesó Turck.

Avanzó unos pasos hasta situarse frente a Ikon Shimay.

—Si lo que el comandante Peng Won dice es cierto, que no tiene potestad sobre tus hombres que están disparando, ¿qué órdenes son las que obedecen?

—Las mías —contestó ella, sin inmutarse.

—¿También el capitán Cowper toma parte en esta grotesca parodia?

Fue en el momento en que aludió a Tom, cuando Sloan tuvo conocimiento de quién les acompañaba en la extraña cita. Yani acababa de surgir de la habitación situada a: pie de la escalera, lanzando una exclamación medio ahogada.

Sloan se volvió, rápido. Durante unos segundos pareció convertido en piedra. Frente a él una muchacha morena, con un vestido azul sin mangas; de ojos negros y grandes, de corte levemente oblicuo; una cara pálida, con grandes ojeras; la cabellera desopinada cayéndole sobre media cara, y sobre el agitado pecho...

—¡Yani!...

Apenas se oyó su voz. Dio unos pasos, dubitativo, tembloroso, como si temiera hallarse bajo los efectos de una alucinación. Y enseguida, rápido, retrocedió, para dirigir una furibunda mirada a Ikon Shimay.

—¿Qué significa esto?

La asiática pareció unos instantes abstraída en la contemplación de aquella escena. Más que observar, había estado absorbiendo todos sus detalles. Una luz extraña acababa de aparecer en sus ojos.

Antes de responder a la pregunta, miró, varias veces seguidas, a uno y otro.

—Como ya habrás podido darte cuenta, esto puede resultar menos grotesco de lo que tú imaginabas, Sloan —dijo, con su voz acariciante.

Turck se volvió a Yani y la cogió de los hombros.

—¿Dónde está Tom?

—¡Ahí fuera!... Quiere contener a esos hombres. ¡Lo matarán!...

Sonó su voz henchida de dramatismo. Sus ojos, nublados por las lágrimas y de mirar aterrorizado, sufrieron súbitamente una impresionante transformación. Toda huella de lágrimas desapareció. En su lugar quedó una luz seca y fuerte. Buscaron con ansia los ojos de Sloan.

—¡Cobarde!... ¡Eres un cobarde! ¿Por qué nos has dejado solos?

—¿Os he dejado?... ¿A ti también? ¿Por qué diablos tenía que preocuparme de ti?

Y en tanto decía esto, empezó a entrever que Tom supiese ya la noche anterior que su hermana estuviese allí. Miró el reloj. Y ahora que le hubiera interesado ver las saetas mucho más atrás, las encontró en una posición verdaderamente apremiante: apenas

faltaban unos minutos.

Adoptando un gesto burlón, volvió la espalda a la muchacha al tiempo que exclamaba:

—¡Cuando el coronel Wallton sepa que su sector ha sido convertido en una sala de té!...

Soltó una sincera carcajada. Fue acercándose hacia la oriental.

—¿Ha sido idea tuya, Ikon Shimay? Me imagino que Yani empezaba a bostezar en Tokio... Necesitaba emociones fuertes. ¡Qué lástima! Dos días antes que hubierais estado aquí...

Ikon Shimay sonrió:

—Estamos desde mucho antes. Hemos tenido tiempo de ver vuestro anodino espectáculo.

—¿De veras? No me extraña que os haya aburrido. Al comandante Peng Won y a mí nos ocurre lo mismo. Avanzar, retroceder, volver a avanzar... Ni siquiera los que caen dan interés a la escena. Casi todos lo hacen con los mismos gestos, de la misma manera gris, vulgar...

Se hallaba junto a Ikon Shimay. Ella seguía sentada, en actitud indolente, pero ahora no parecía que su postura fuese estudiada. En su hermoso rostro de aire mogol, diestramente maquillado, acababa de aparecer un gesto amargo, o de profundo desencanto.

Sus ojos oscuros miraban fijamente a Yani, con verdadero rencor, como haciéndola culpable de que un espectáculo en el que la asiática había confiado, se hubiese desarrollado sin interés.

Ikon Shimay no pareció resignarse a que aquel encuentro apenas hubiese hecho mella en Sloan. Creía tener motivos para suponer que al enfrentarse Turck con aquella muchacha, las cosas se desenvolvieran de forma más exaltada. Miró con recelo a Sloan:

—Tú ya sabías que ella estaba aquí...

Y antes de que él respondiera, Ikon Shimay se puso en pie y se quedó mirando con verdadero furor hacia la puerta de entrada:

—Tom me ha asegurado que no sabías nada... No hace mucho me lo estaba jurando... Veremos qué dice cuando regrese... si regresa...

Yani lanzó un grito e hizo ademán de correr hacia donde estaba, Sloan y la oriental. Pero apenas dio unos pasos se detuvo, y haciendo un gesto de profunda repugnancia, exclamó, abarcando a ambos con la mirada:

—¡Los dos sois lo mismo!... ¡Los dos lleváis el rencor y la suciedad del arroyo!...

Ikon Shimay sí que acusó el golpe. Por unos momentos se la vio vibrar, como un alambre tenso sobre el que se hubiese descargado un golpe. Iba a responder, cuando se volvió a mirar a Sloan. Éste permanecía con el mismo gesto burlón que al principio.

—¿No le replicas, Turck?

Sloan se encogió de hombros:

—¿Para qué usas un viejo lema que Yani y yo hemos tratado demasiadas veces...? Me aburre.

Ikon Shimay acentuó el luego de su mirada.

—Tú estás enamorada de ella —dijo, con voz repentinamente opaca.

—Lo he estado —contestó él, tranquilamente—. Pero esa muchacha tiene la virtud contraria a la tuya: apaga el fuego donde lo hay, y ni siquiera deja un rescaldo de odio... Su soberbia es algo que ni siquiera indigna. A mí, por lo menos, me deja indiferente...

—¡Su soberbia! —repitió la oriental, con voz sorda—. ¡Carne del arroyo!...

Lo dijo avanzando cara a Yani. Cuando se halló a igual distancia de ella que de Sloan, extendió un brazo, señalándola al tiempo que, violentamente, volvía la cabeza hacia Sloan.

—¡Mírala, Turck! Yo he surgido de entre los hediondos sampanes apretujados en puertos escondidos, fuera del control de la Ley... He rastreado en los suburbios de Hongkong y Sanghai. Muchos han mandado en mí hasta que las cosas pudieron volverse a mi favor...

A medida que hablaba, parecía aumentar de estatura. Con la exaltación con que se expresaba, el batín se le había abierto por los hombros, dejándolos desnudos. Destacaba con fuerza su cabellera negrísima sobre su carne blanca.

—El poder ha llegado a mis manos cuando ya mi alma se hallaba deformada. ¡En mí no hay más que odio! ¡Odio a vosotros y a los de mi raza!...

Y al decir esto, dirigió la mirada hacia donde se hallaba Peng Won. Éste seguía sentado, otra vez con el cigarrillo apagado. Y su cara, extremadamente enflaquecida, con una piel casi desgarrada por los pómulos, tostada por el sol y el viento de los altos montes,

tenía, sin embargo, una palidez que impresionaba, Únicamente en sus ojos, casi cerrados se veía un relumbre de vida.

—En Tokio envolví a Yani con el propósito de destruirla —siguió Ikon Shimay. Y enseguida, soltando una sarcástica risa, agregó—: ¿Sabes, Turck? No ha habido siquiera necesidad de que yo la empujase... Tu precioso ídolo es algo tan podrido como su hermano...

Ahora fué cuando Yani, cuyo rostro pálido, de profundas ojeras, daba una sensación de criatura acabada, tremó, recobrando una sorprendente vialidad. Una oleada de sangre acudió a su cara.

Sloan se encontró de nuevo ante la muchacha de extraña belleza que siempre le había desconcertado. Los rasgos de su cara eran de un trazo perfecto, puramente occidentales, a excepción del corte de los ojos, que siempre le habían recordado a los de una bella tiple japonesa, cuyo retrato guardó mucho tiempo entre sus papeles de estudiante. ¿Por qué aquello? ¿Se enamoró de Yani porque en su alma había una tendencia a lo exótico? ¿Fue acaso presintiendo que al correr de los años se encontraría con una verdadera belleza asiática, con un alma como la de Ikon Shimay?...

Yani había dado dos pasos hasta situarse casi junto a la asiática. Las dos mujeres permanecieron mirándose fijamente, las dos aleutando con fuerza.

—En Tokio, interpretaste a las «gheishas»..., pero a la manera occidental —dijo, lentamente, la asiática—. Te perdiste un buen espectáculo, Turck.

—Tal vez no se perdió del todo, Ikon Shimay —respondió Yani, con inusitada calma en la voz e impresionante fuego en los ojos—. Alguien que a ti tal vez no te guste, presencié aquel espectáculo, o tiene noticia de e...

Si lo que Yani buscaba con aquello era impresionar a la oriental, lo consiguió plenamente. Por unos segundos pareció desconcertada, como si más que una sorpresa, acabase de recibir una noticia largo tiempo temida. Se vieron sus manos crispase, prontas a saltar sobre el cuello de la muchacha.

—¿Qué quieres decir?

Una mano de Sloan cayó sobre uno de sus hombros.

—Un momento, Ikon Shimay... Esa cuestión puede quedar aplazada. Lo que ahora importa resolver...

La oriental intentó desasirse, pero la presión de Sloan aumentó. Durante unos rápidos segundos, Ikon Shimay pareció otra. Se la vio estremecerse, empequeñecerse, replegarse contra el pecho de Sloan.

Fue solo un relámpago. La sensación de la caricia se desvaneció, y quedó en primer plano la cruel realidad; Sloan la sujetaba en plan hostil...

—¡Suéltame!...

Pero Turck ya había empezado a retroceder, buscando un rincón de la sala, y manteniendo siempre delante, como escudo, el cuerpo de Ikon Shimay.

Le bastaba un solo brazo para someterla a la obediencia. En la otra mano había aparecido la pistola ametralladora, desenfundada con sorprendente rapidez.

—¡Es la hora exacta, Peng Won! ¡Consulte su reloj!

El norcoreano, haciéndose el distraído, había ido a colocarse en el otro extremo de la sala, muy cerca de la puerta de entrada. Desde allí, también pistola en mano, respondió:

—Iba a recordárselo, Sloan.

Por primera vez sus ojos semicerrados permanecieron bien abiertos, dirigiendo fugaces miradas a su alrededor. Los otros cuatro coreanos parecían desconcertados y no apartaban los ojos de la bella asiática, esperando órdenes.

—¡Ikon Shimay! —advirtió Sloan, con voz repentinamente dura—. Diga a esos hombres que suelten las armas... La tregua ha entrado en vigor...

Por respuesta encontró una furiosa carcajada, al tiempo que la mujer que apresaba con uno de sus brazos se retorció pugnando por desprenderse.

—¡Échate al suelo, Yani! —gritó Turck.

Lo dijo en el mismo instante en que de su pistola salía un chorro de balas. De los dos coreanos situados a su derecha se escapó un aullido. Las armas que sostenían saltaron a tierra, y las manos se les enguantaron de sangre.

Casi en el mismo momento se producía otra descarga. Salió del arma de Peng Won, y fue dirigida a los otros dos individuos. No apuntó a las manos. No tuvo tampoco tiempo. Lo ocurrido a sus dos compañeros acababa de sacarles de la inacción, y arma en alto se disponían a hacer fuego, tal vez contra el comandante norcoreano,

quizá contra Yani, que aún seguía en medio de la sala, como petrificada.

Peng Won, sin moverse del sitio, con una frialdad imponente, disparó, buscando el vientre de sus compatriotas. Los vio caer, sin un quejido, como dos muñecos a los que se acabase de privar del resorte que los mantenía en pie.

Afuera seguía el estruendo, aunque no con tanta intensidad como antes. El norcoreano permaneció unos instantes escuchando, y luego fue a cerciorarse de que la puerta quedaba bien cerrada. Con paso rápido cruzó la sala.

Sloan acababa de soltar a Ikon Shimay, y en dos saltos se había colocado junto a Yani.

—¡Escóndete en cualquier habitación! —le ordenó.

Pero la muchacha siguió inmóvil, como si no hubiese oído, mi cráneo espantada cuánto sucedía en torno. Los dos hombres heridos en las manos acababan de desaparecer por el lado de la escalera. Sloan, apenas advertirlo, fué en aquella dirección, cuando oyó que Peng Won le decía a Ikon Shimay:

—Las dos muertes que acaban de producirse figurarán en tu cuenta.

Turck se volvió para ver la reacción de la asiática. Ésta, sin preocuparse de que su cuerpo quedaba casi desnudo, desmelenada, los ojos fulgiendo, permanecía erguida y desafiadora ante Peng Won.

Su rostro aparecía deformado en una expresión de desprecio y odio. Empezó a hablar, y Sloan pudo entender apenas algunos vocablos en coreano. Al momento Peng Won le respondió de la misma forma.

Quedó entablado un violento, y, para Sloan, un inquietante diálogo. Volvió a donde estaba Yani, y cogiéndola fuertemente de un brazo, tiró de él obligando a la muchacha a que le siguiera. La llevó a la pequeña habitación de donde había salido, y una vez hubo comprobado que allí no había nadie, instó a la muchacha a que se quedara allí.

—Enciértrate por dentro —le aconsejó.

La muchacha se le quedó mirando, creyendo que se le burlaba. Pero encontró a Sloan algo más que preocupado.

—¡Encerrarme! ¿Acaso ignoras que esta casa está cruzada de

trampas?...

Pero lo que a él más le interesaba en aquel momento era el diálogo de los dos asiáticos, que por momentos se desarrollaba en términos de mayor violencia.

—¡Obedece! ¡Espera ahí dentro!

No se paró a ver si la muchacha obedecía. En dos saltos se colocó en uno de los pilares de la escalera, desde donde podía abarcar bien la escena, y al mismo tiempo defenderse.

—¡Basta ya, Peng Won! —gritó Sloan—. ¡Necesito entender lo que ustedes hablan!

El nortecoreano se volvió rápido. Por unos instantes aquella orden pareció molestarle.

—¿De veras? Todavía no he sentido curiosidad por lo que usted le ha estado diciendo a su amiga...

—No involucremos los términos, Peng Won. Esa muchacha es aquí una simple prisionera a merced de la locura que anida en esta casa...

—No tanta locura, comandante Sloan —replicó el nortecoreano, apartándose de la mujer—. Por lo que acabo de oírle a Ikon Shimay...

—¡Peng Won! —le interrumpió ella, tremante de ira—. ¡Piensa a lo que te expones si me traicionas!

El rostro pálido del nortecoreano quedó iluminado por una sonrisa extraña, hiriente:

—¡Traicionarte! ¡Maldito si he creído nada de cuánto has dicho!...

Ella extendió un brazo señalando afuera:

—Cuando éstos regresen, alguien se enfrentará contigo que desvanecerá tu escepticismo...

—¡Aunque el general en jefe se presentara en persona, no me haría desistir!... ¡Soy un soldado, que no quiere saber de suciedades de retaguardia! ¡Mi patria está desgarrada, y eso es lo único que me importa!...

Retrocedió, los ojos centelleantes, el ademán trémulo.

—¡Ha sonado el alto el fuego! —gritó—. ¡Lo pactado ha de cumplirse!...

—Ikon Shimay está al margen de todo, y de todos —apuntó Sloan, con gesto pensativo, dejándose llevar por algo que acababa

de asomar en su mente—. Me parece que voy entendiendo el juego...

Corrió a donde habían quedado las ametralladoras de mano de los coreanos. Dos de ellas las dejó sin municiones, y las colocó al lado de los dos muertos.

—Así quedan las cosas en orden.

No había burla en su voz. Todo lo contrario, aquello parecía afectarle.

Cogió las otras dos armas, pero éstas no las descargó. Peng Won y la mujer le miraban.

—Mis hombres tienen orden de no hacer nada hasta que rompa el día —indicó Sloan, dirigiéndose al norcoreano.

—También los míos —manifestó el asiático.

—¿Qué hacemos? ¿Nos resignamos a permanecer aquí toda la noche, en plena hoguera, o intentamos abrírnos paso?

—Prefiero lo último.

—Yo también. Tengo motivos para creer que esta casa tiene demasiadas ventajas para nuestra amiga...

Lo dijo pensando en lo que Yani acababa de revelarle: de que estaba cruzada de trampas. Y también recordando la forma en que la noche anterior desapareció Ikon Shimay...

—Ella puede quedarse, y le daremos toda la noche para que medite su suerte y la de esos hombres...

—¡Ninguno de esos hombres rendirá sus armas! —exclamó Ikon Shimay.

—Eso el día lo decidirá —replicó Turck, al tiempo que se dirigía a la habitación en que había quedado Yani.

La muchacha parecía haber estado escuchando cuánto ocurría afuera, porque apenas Sloan llegó a la puerta, ésta se abrió.

La joven, con el rostro desencajado, se quedó mirando al hombre.

—Vámonos —dijo él, sin mirarla.

Al principio ella pareció reconfortada, como él hasta ese momento hubiese estado considerándose abandonada a su suerte. Miró a Turck, conmovida. Pero este estado de ánimo se esfumó enseguida.

—¡No puedo marcharme!

—¿Por qué? —inquirió Sloan, adivinando la respuesta.

—¡No puedo dejar a Tom! ¡Está como loco!...



—¡No puedo dejar a Tom!...

7 — QUITA

Turck iba a replicar con un sarcasmo, pero se contuvo.

—Tal vez nos encontremos con él... De todas formas, nada hacemos aquí. Debo volver con mi gente, para organizar el asalto. Nuestros enemigos de ayer colaborarán con nosotros...

Lo dijo dirigiendo una rápida mirada a Peng Won. Éste no se dio cuenta. Había vuelto la espalda a todos, y, empuñando la pequeña ametralladora que le había dado Sloan, acababa de abrir la puerta y escudriñaba afuera.

Los disparos se oían ahora sólo en una parte del bosque. Sloan supuso enseguida el punto exacto. Era precisamente en la parte fronteriza a las posiciones de su batallón, donde todavía se mantenían algunas pasarelas sobre el río...

Turck cogió de un brazo a Yani, y la sacó de la habitación. Ya en medio de la sala, se volvió a mirar a Ikon Shimay. Ésta permanecía erguida, medio envuelta en su batín de seda. Sobre la ancha pared desnuda del fondo, destacaba su soberbia escultura. Su rostro mantenía un gesto mezcla de odio y amargura...

—Te quedas aquí, Ikon Shimay, para que tú misma resuelvas —dijo Sloan, a modo de despedida.

Peng Won, en aquellos momentos, abría y cerraba la puerta varias veces, con rapidez. Sloan se dio cuenta.

—¿Para qué eso? —preguntó, receloso.

Abriendo y cerrando el recuadro de luz, había estado haciendo señales.

El nortecoreano no pareció oírle. Una de las veces, dejando la puerta abierta de par en par, se lanzó al exterior.

Sloan fue tras de él, manteniendo una vaga esperanza de que el asiático le aguardaría apostado en cualquier zona oscura próxima al edificio. Salió, llevando tras de sí a Yani...

Pero por mucho que buscó, no halló rastros de Peng Won. Los disparos continuaban en determinada parte del bosque, algo lejos...

Sloan, sin soltar a Yani, en tanto con la otra mano sujetaba la metralleta, cruzó el claro que rodeaba la casa. Apenas se internaron en la arboleda, la muchacha se paró, negándose a seguir.

Él la miró, enfurecido:

—Pero ¿qué pretendes?

—¡No puedo marcharme, Turck! ¡Sé que Tom se quedará con ella!... ¡Le tiene sometido!...

Rompió en sollozos. En aquel momento, alguien surgió de la espesura. Sloan, rápido, puso una mano en la boca de Yani, obligándola al silencio.

La muchacha no se resistió. Ambos se agacharon

cautelosamente, y él, ya con las dos manos libres, empuñó la metralleta y se quedó apuntando hacia la sombra que se deslizaba en dirección a ellos...

CAPÍTULO V

—¡Yani!... ¡Soy yo!...

A cuatro pasos de ellos. Tom Cowper se detuvo. Antes de que hablara, los dos le habían reconocido.

La muchacha hizo ademán de salirle al encuentro, pero Turck la sujetó. Recelaba ya de todo, y temía que la aparición de Cowper fuese un señuelo para hacerles salir de la espesura.

—¡Tom! ¿Dónde estabas? —preguntó ella, con ansiedad.

Sloan maldecía la obscuridad que les rodeaba. Hubiera querido encontrarse con los ojos de su subordinado. De su subordinado y no del amigo...

—¡Bien, capitán Cowper! —dijo, arrastrando las sílabas—. Al: o que pretendías era pasar a primer plano lo has conseguido... ¿Qué nueva tontería preparamos?

Sloan no tenía todavía una norma a seguir en aquella situación, Comprendía que no era el momento más a propósito para exigir responsabilidades, pero tampoco quería que aquello se desarrollara en términos de una familiaridad que tan cara le estaba resultando.

El otro, sin embargo, se mantuvo en la actitud de siempre.

No podéis marcharos —advirtió, sin parecer muy afectado—. Todos los cruces del río están tomados...

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Sloan, en tono irónico—. ¿Es, por acaso, que has organizado tú la defensa de esta «posición»? Me temo que nuestro Mando haya pecado de torpe al no apreciar a tiempo tus condiciones de estrategia...

Tom rehuyó replicar. Insistió en que no podían marcharse.

—Y creo que en la casa es donde más seguros podéis sentirlos.

—¡No, Tom! ¡Allí no! —exclamó ella, aterrorizada.

—¡No grites! —le cortó su hermano—. Algunos grupos están patrullando por estos alrededores... Se han infiltrado algunos nortecoreanos...

Esto ya se lo estaba temiendo Sloan. Las señales que Peng Won acababa de hacer con la puerta, y su súbita desaparición, no dejaban lugar a dudas.

—Peng Won no ha venido solo, como has hecho tú —agregó Cowper, dirigiéndose a Turck.

—Me parece demasiado enterado de todo —observó Sloan, sintiéndose cada vez más convencido de que debía desconfiar de todo cuanto dijera o hiciera Tom—. ¿Dónde estabas, cuando yo llegué?

—Allí —respondió sin vacilar, señalando a un lado de la casa—. He presenciado todo cuanto ha ocurrido...

—Habrás visto también cómo se apartaban a los que estorbaban.

—Eso ha sido una torpeza. Peng Won aun ha sido más duro que tú, y eso que disparaba contra los suyos... Os habéis puesto nerviosos. Pero la verdad era que esos hombres no hubieran disparado contra vosotros; contra ti por lo menos, no... A «ella» no le interesas muerto...

Turck advirtió algo alarmante en la tranquilidad con que Cowper se comportaba. ¿Qué escondía todo aquello? ¿No sería que en realidad hubiese enloquecido?

—¡Marcha tú delante, Tom! ¡A dos pasos de nosotros! ¡Vamos a regresar a la casa!...

Lo dijo en voz baja, pero en un tono tan autoritario, que el otro casi se cuadró, al disponerse a obedecer. Turck cogió de un brazo a Yani, y entonces se dio cuenta de que ella temblaba.

En silencio, con paso rápido, salieron al claro, lo cruzaron y en dos saltos salvaron la escalinata. Pegándose al edificio fueron deslizándose hasta llegar a la puerta. Ésta se encontraba entornada, tal como la había dejado Sloan.

En la sala seguía encendida la lámpara de petróleo. Y los dos cadáveres, con sus armas descargadas, a un lado de la estancia.

Apenas entrar, Turck cerró la puerta por dentro. Luego fue a dónde estaban los muertos y a uno de ellos le quitó una lámpara automática, que colgaba del cinto. La probó, antes de ordenar a Tom que extinguiera la luz de petróleo.

Por unos instantes la habitación permaneció completamente a oscuras. Sloan encendió la lámpara automática, y proyectó el cono de luz en el lado de la escalera.

Iba a indicar que subieran, cuando se le ocurrió, que quizá arriba no dispusieran de más luz que la de la lámpara automática.

—Coge la lámpara de petróleo. Tom...

Nada iba a hacerle alterar la decisión que había, tomado. Como ya suponía antes de meterse de nuevo en la casa, Ikon Shimay había desaparecido. Él la haría saltar.

Conocía la casa lo suficiente para, saber qué habitación les convenía para hacer frente a cualquier contingencia.

Pero el plan de Sloan no era resistir a rajatabla, sino más bien pasar a la ofensiva. Para ello necesitaba luz, y un espacio reducido. Quería tener de frente a los dos hermanos para arrancarles su máscara.

En tanto Tom cumplía sus órdenes, siempre en silencio, Turck no dejaba de tener sujeta a la muchacha de un brazo. Ésta parecía haber adivinado los propósitos de Sloan, y su temblor había aumentado.

Turck, por su parte, no estaba mucho más tranquilo. Cosas que parecían muy lejanas estaban acudiendo para excitar su cólera. Anhelaba el momento en que iba a liberarse de aquella sujeción, la coacción que aquella familia había estado ejerciendo en su vida. Por fin iba a quedar cancelada su deuda...

Subió los dos tramos de la escalera sin casi darse cuenta. Apenas si iluminaba los ángulos por si descubría algún indicio alarmante. Se sentía fortalecido por una entraña sensación de serenidad... Sabía que nada malo le iba a suceder hasta haber dado fin a lo que tenía proyectado. Es más: tenía la convicción de que Ikon Shimay estaba colaborando con su plan...

Arriba, las habitaciones acusaban el paso del vendaval. Sucias, sin muebles; con recortes de revistas en los que aparecían hermosas mujeres, pegados en los tabiques. Una de las habitaciones se hallaba con medio techo hundido, por un refilonazo de obús.

Turck no se volvió una sola vez a ver si el enemigo les seguía. Tenía la certeza de que Ikon Shimay conocía sus movimientos. Iba a saber algo más: su resentimiento contra los Cowper. Sabía que esto la complacería, y tal vez esta satisfacción no llegara demasiado tarde... ¿No era para esto para lo que los había citado allí?

Sloan empezaba a entender el odio de Ikon Shimay. Momentos antes ella había aludido a su vida pasada, tan llena de zonas

obscuras, de mortificaciones. Consiguió el poder cuando ya su alma estaba deformada, y una sed insaciable de destruir la dominaba...

Entreveía el juego, y sentía impaciencia por poner las cartas boca arriba. Había algo, además, que le daba seguridad de victoria.

Era, sencillamente, que creía haber encontrado una de las entradas al pasadizo o pasadizos que seguramente cruzaban los cimientos de la casa. Lo descubrió en el momento en que subían la escalera. Los dos coreanos heridos en las manos habían dejado un rastro de sangre que de pronto quedaba interrumpido...

Pero lo que más le importaba ahora era dar rienda suelta a su furia. Y lo hizo, apenas entrar los tres en una pequeña habitación, cuya puerta ni siquiera se cuidó de dejar cerrada por dentro.

—¡Enciende la lámpara! —ordenó.

Entonces vi o que Tom había perdido su desconcertante tranquilidad. Apenas sí acertaba a tener cerca de la mecha la cerilla encendida.

—¡El temblor del cobarde! —masculló Sloan, al tiempo que se dedicaba a cerrar las maderas de la ventana.

Efectivamente: Cowper se hallaba con el rostro desencajado, enormemente demacrado, y Turck no pudo contener un gesto de sorpresa al ver la transformación que se había operado en él en unas pocas horas. Sus ojos aparecían cercados por unas ojeras todavía más señaladas que las de su hermana.

Sloan dio intencionadamente una torcida interpretación a aquellos indicios. Los achacó a desenfrenos de su naturaleza morbosa.

Aquella casa, que hasta entonces había servido para cobijar soldados en pie de guerra, en la que sólo se habían oído órdenes y timbres de teléfono, sobre un trágico fragor de combate, quedó de pronto convertida en uno de los más escandalosos clubs nocturnos de Tokio. Aquellas desoladas habitaciones se poblaron de carcajadas, con chasquidos de besos y taponazos de champaña...

La imaginación de Turck se llenó de fuego. Sabía de lo que era capaz Ikon. Shimay, el ídolo de la voluptuosidad que durante tanto tiempo dominó en el barrio más vicioso de Tokio. Pero junto a la imagen de aquel diablo asiático, colocaba a estos dos muchachos occidentales, y los veía bajo las mismas tenebrosas luces.

¿De qué no habría sido capaz Yani, suelta en Tokio, cuando la

misma asiática había dicho con sorpresa: «No necesité empujarla»?

La veía envenenada por las drogas, el mismo veneno que hacía estragos en la juventud de la alta sociedad norteamericana, como un castigo que pesara sobre su opulencia. Una juventud sin fe, sin objetivo, con una vida acabada antes de empezar...

—La última vez que nos vimos —empezó Sloan, dirigiéndose a la muchacha me cruzaste la cara con tu insulto favorito. Hace unos momentos, abajo, lo has vuelto a soltar, pero ahora uniéndome a Ikon Shimay. Sí. Ella y yo procedemos del arroyo...

Su ira hacía que su voz se quebrara. Hizo una pausa. Los tres personajes, bajo la verdosa luz, parecían tres muertos en pie.

—En mala hora me tendisteis la mano —siguió Sloan—. En vuestros padres admito que fuera un rasgo de generosidad, pero no lo agradezco ya...

Se me ha exigido un precio demasiado elevado.

Se quedó mirando a la muchacha. Sus ojos, levemente oblicuos, de extraña belleza, permanecían ahora resplandecientes, fijos en Turk.

Toda tu vida has estado dirigiéndome arañazos que enseguida has tratado de remediar con gestos de humildad. Ese truco te ha valido hasta que me di cuenta de que ese afán por hacerte perdonar no era más que otra forma de tu soberbia... Por mi podías haberte ido con el diablo, Yani. A estas alturas, ni siquiera te detestaba. Te habías borrado totalmente de mi recuerdo... Pero me dejasteis para su custodia esta piltrafa...

Miraba a Tom, apuñalándole con los ojos, deseando que aquel enfermizo ser recobrase de pronto una potente vitalidad, para saciarse a golpes con él.

Pero en Cowper no se produjo ninguna reacción de fuerza. Todo lo contrario. Por unos instantes sus labios temblaron, como tanteando el vocablo que iniciara su respuesta.

Y de pronto, antes de que articulara un sonido, se dejó caer sobre una caja de madera que había en un rincón. Los crujidos de las tablas quedaron ahogados por un fuerte, angustioso sollozo.

Al doblar el cuerpo, su casco de acero se cayó al suelo, dando la sensación del rebote de una calavera. Con ambas manos se cubrió la cara, pegándolas sobre las rodillas. Así, en esa actitud abrumada, de profundo dramatismo, permaneció unos momentos entregado a

violentas convulsiones.

Sloan le miraba luchando consigo mismo, no sabiendo si decidirse por la repugnancia o la compasión. Era un trágico y a la vez grotesco muñeco. Con las botas y el uniforme llenos de barro; la barba crecida; el pelo sucio... Turck lo había visto muchas veces llorar, pero esta vez se le antojó distinta a todas.

Su plan de poner las cartas boca arriba había entrado ya en acción. Pero Turck Sloan se encontró con muchas sorpresas que nunca hubiera llegado a imaginar. Una de ellas fue oírle decir a Cowper:

—En mí solo hay un error, Sloan... Fue no darme cuenta a tiempo que tú eras tan malvado como «ella»... Tú sabías que ella quería destruirme, y no lo evitaste... Al contrario, disto toda clase de facilidades. ¡Si tú te hubieses mostrado severo a tiempo!...

Había algo de verdad en aquella acusación. Turck reconocía para sus adentros que había sido blando con Tom, en parte porque se sentía obligado a ello, y en parte porque le complacía verlo convertido en un pelele por aquella mujer, tan inaccesible para algunos.

—¿A mí qué diablos debía preocuparme que esa mujer te tratara a puntapiés, y que te hiciera gastar el dinero a manos llenas? ¡Allá tus padres, si te lo consentían! Además, mientes. Sé que has estado recibiendo sumas fuertes, mucho después de que Ikon hubiese desaparecido de nuestra área...

Tom se había quitado las manos de la cara. Se había puesto de pie. Una diabólica alegría brillaba ahora en sus ojos.

—¿Sabes a dónde iba a parar ese dinero, Turck?

Éste hizo un gesto despectivo.

—No me interesa lo más mínimo.

—¡Ojalá fuera así!... Pero te interesa, Turck...

Yani, con los ojos llameantes, exclamó:

—¡No le digas nada, Tom! ¿No ves cómo nos desprecia?

Se quedó mirando a Sloan. Sobre su gesto hostil se sobrepuso otro lleno de amargura:

—Hasta esta mañana, yo había abrigado la esperanza de que nos ayudarías... Cometí la ingenuidad de hacer caso de «alguien», que me sugirió que te llamara...

—En eso Turck no tiene la culpa —manifestó Cowper—. Tu nota

no llegó a sus manos. Vi a quien lo dejaba en el mapa de operaciones, y me lo llevó...

Durante unos segundos Yani quedó como petrificada, su hermoso busto suspendió sus hondas palpitaciones, sus ojos, desmesuradamente abiertos, miraban a su hermano, espantados.

—¡Tom! ¿Cómo no me advertiste antes? ¿Por qué impediste que la nota llegara a Turck?

—¡Porque te hubiera vuelto la espalda, Yani! —respondió su hermano, con voz destemplada—. ¡Ni tú ni yo le importamos ya!... Es mejor que haya venido así, obedeciendo «órdenes superiores»... ¡Ordenes! ¡Para él sólo hay órdenes!...

Sí. Sloan veía que las cartas se ponían boca arriba, pero de una forma distinta a la que él había imaginado.

Los ojos de Yani se llenaron de recelo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué órdenes podía recibir Turck?

—Que te lo diga él mismo. ¿No ves? Ha venido solo... Los que le envían creen que con ello van a despistar a Ikon Shimay. Pero ella ya sospecha que no es por ti ni por ella por lo que ha venido. Yo mismo te he jurado que él no sabía que tú te encontrabas aquí. Y ya he presenciado la escena que habéis tenido abajo...

Cowper soltó una carcajada nerviosa.

—Tu comportamiento con Ikon no es, ciertamente, el de un hombre que corre tantos riesgos por el Solo hecho de acudir a su cita...

Sloan ya no pudo contenerse:

—¿Qué os lleváis entre manos? Tan pronto me dais la sensación de que los dos habéis enloquecido, como de que estáis representando una burda farsa...

Pero Cowper había vuelto a caer en su desconcertante tranquilidad del principio.

—No te hagas el desentendido, Turck. Tú no has venido por mí, puesto que para ti soy una piltrafa: así lo has dicho. Tampoco por Yani, puesto que lo ignorabas. ¿Querrás darnos a entender que lo has hecho por Ikon? Ella no te creerá... ¡No te creerá, Turck! ¡Estoy seguro que ahora ya no te cree! ¡Y yo sé que esta mañana aun creía en ti!...

Volvió a su risa histérica, para enseguida agregar, mirando con inconmensurable odio a Sloan:

—¡No te creerá, y caerás como yo... como vamos a caer todos!... Y a mí no me cabrá el remordimiento de verte sacrificado por mí, o por mi hermana... ¡Habrás caído por la obediencia a las «órdenes»!

Sloan le miraba fijamente, presa de terribles dudas.

—¡Ordenes, Turck! ¡Tú obediencia a las órdenes hizo que nos dedicáramos a cazar prisioneros liberados por los del sur! ¿Sabes quiénes ocupan esta casa? ¡Hombres que no aceptarán nunca el pacto de tregua! ¡Hombre que Ikon Shimay está utilizando para saciar su odio!... Muchos de ellos te odian, a ti y a nuestro batallón, por haber actuado en la caza de prisioneros... Ikon ha sabido dirigir contra nosotros las aguas revueltas... ¿Y quieres saber cómo esos hombres han podido cruzar nuestras líneas para entrar en esta casa?

Dejó un silencio. Tom parecía como embriagado. Se veía claramente que estaba pasando por los momentos más difíciles de su vida, y al mismo tiempo los de más intenso placer. Con mirada obstinada, con fijeza de loco, prosiguió:

—Pasaron por el desfiladero que guarnecía mi compañía. Fui yo mismo quien una noche modificó la posición de la guardia, para que les volvieran la espalda... Y hay algo más: En los sótanos de esta casa hay todo un arsenal. ¿No decías que no te importaba cómo derrochaba mi dinero? Muchas de esas armas han sido pagadas con mis dólares...

Sloan, más que mirar a Tom, observaba a su hermana. Y tal expresión de angustia halló en su rostro, que ni por un instante dudó de que todo era verdad.

—¡Es posible! —murmuró, casi sólo con el aliento.

Seguía empuñando la metralleta y sus manos, crispadas, hincaron las uñas en el arma. Parecía que de un momento a otro fuera a saltar sobre Tom.

Mas fue la honda angustia que aparecía en el rostro de su hermana, lo que le contuvo. Algo muy humano, algo distinto a lo que hasta entonces había visto en ella, empezó a captarle.

—¡Pero, Yani! —exclamó, ronco—. ¡El que Tom haya sido esclavizado por esa mujer no explica que tú le secundes!...

—Mi deber era ayudarle —replicó ella, sordamente.

—¡Ayudarle a traicionar a su patria!

—¡No!... Tom ha estado dando el dinero sin saber a dónde iba a parar. ¿Por qué no se lo dices de una vez, Tom?...

La muchacha dejó un silencio esperando que su hermano hablara. Pero éste seguía con su mirada obstinadamente fija en un punto indeterminado.

Yani se puso las manos en la cara.

—Fue Tom quien mató... al comandante Andrews —dijo ella, casi sin voz.

Y Sloan lo creyó instantáneamente. En realidad casi se anticipó a la revelación de Yani. Recordó aquellos días en que el palacio de Ikon Shimay, en las afueras de Tokio, permaneció sometido a la investigación de la policía del ejército. Muchos oficiales fueron sometidos a interrogatorio. Sloan fue uno de ellos. Tom no...

—¡Y yo mismo le procuré la coartada! —exclamó Turck.

Se la procuró, sin sospechar siquiera que él hubiese estado aquella noche en la casa de Ikon Shimay. Lo hizo por su habitual gesto de evitar molestias al hijo de su viejo protector. Inventó un servicio que mantuviera alejado de la zona del crimen al capitán Cowper, en la noche en que ocurrió la muerte del comandante Andrews y la desaparición de Ikon Shimay... Luego, la noticia de que los nortecoreanos la sometían a Consejo de Guerra y la fusilaban, por su colaboración con los occidentales, cortó las investigaciones, por la sencilla razón de que la bella asiática era verdad que había prestado importantes servicios a la causa de occidente. Fue el mismo servicio de información quien hizo circular la orden de dar por terminado el asunto...

Sin embargo, por bajo mano, la cosa continuó.

—Las demandas de dinero que nos hacía Tom, cada vez más fuertes —siguió la muchacha—, empezaron a inquietarnos. Ante mis padres pretextó el deseo de conocer el Japón, y me trasladé allá... Pero vosotros ya habíais sido trasladados a Corea... En Tokio permanecí algún tiempo, el suficiente para que los pasos torpes de Tom no redunden sólo en perjuicio nuestro. He estado trabajando bajo las órdenes de nuestro contraespionaje...

Parecía que Sloan lo estuviera esperando. Cuando la puerta se abrió de golpe, Turck se hallaba frente a ella, con la metralleta apuntando hacia la puerta.

De su arma surgió una ráfaga y dos hombres se desplomaron, rebotando contra el suelo. Sin dar tiempo a nada, Sloan dio un salto, y asomándose al pasillo disparó a un lado y otro, varias veces

seguidas. Al principio lo hizo con temor de que allí estuviese Ikon Shimay. No deseaba exterminarla tan pronto. La cita aún no había terminado, sino que acababa de empezar...

—¡Tom! ¡Yani! ¡Recoged esas armas! —les ordenó, sin volver la cabeza, en tanto disparaba a ambos extremos del pasillo.

A alguien más alcanzó con aquellos disparos. Se oyeron varios gritos, el choque de algunos cuerpos cayendo pesadamente, rumor de pasos en huida precipitada... Algunos fogonazos y rugir de balas que fueron a morir contra los tabiques, dieron la respuesta a los disparos de Sloan. Pero por breves momentos.

Pronto el pasillo quedó en el mayor silencio.

—¡Vamos! ¡Deprisa! —les apremió Turck.

Encendió la lámpara automática, y la enfocó a un lado y otro del corredor. Halló a varios hombres tendidos con ropa de guerrillero. Por unos momentos Sloan vaciló. Ideas sombrías entristecieron su semblante. Tom se puso a su lado y pareció adivinar.

—No pienses que todos son coreanos amantes de la unidad de su país —dijo Cowper—. Hay muchos guerrilleros que sólo buscan el río revuelto. Algunos actúan obedeciendo consignas del norte. Con esa condición dejaron en libertad a Ikon Shimay... A ella le importa poco lo que ocurra, siempre que sirva para encender de nuevo la guerra...

—Una buena oportunidad para reivindicarte, Tom —comentó Sloan—, si conseguimos sofocar este conato de incendio...

—Yani conoce los pasadizos, pero se niega a revelarme su entrada...

—¿Por qué? —inquirió Turck.

—¡No conoces los propósitos de Tom! —respondió ella, cerrando desesperadamente los ojos.

De abajo llegó un ruido alarmante. Al mismo tiempo, varias armas empezaron a disparar en la parte de afuera. Algunas balas puntearon el muro, cerca de la ventana, cerrada sólo por las maderas.

Sloan hizo que apagaran la lámpara de petróleo y alumbrándose sólo con la automática, echaron corredor adelante. Al llegar a la escalera, Turck extinguió la luz.

—¡Quietos! —les susurró.

No se oían pasos. Sin embargo, Sloan estaba seguro de que

alguien subía. Abajo, en la sala, todo ruido había cesado.

Tanteó en la oscuridad, hasta encontrar las manos de Yani. En ellas le puso la lámpara automática.

—Cuando yo lo indique, ilumina la escalera —le dijo, con la boca casi pegada al oído de la muchacha.

Y al igual que una hora antes hizo Ikon Shimay, Yani se estremeció, ante la sensación de una caricia.

Pero sólo era una orden.

Sloan tanteó a su derecha y encontró a Cowper, con el arma dispuesta. Con leves presiones en el brazo, le dio la consigna.

Quedaron los dos con el arma inclinada, apuntando a la oscuridad. Ni el más leve rumor se percibía. Tan sólo en la presión del aire se adivinaba que alguien se movía cerca.

Turck dio con el codo a Yani, y la luz se encendió.

Cuatro hombres subían a gatas. Las armas de Sloan y Tom empezaron a vomitar fuego. Los cuatro hombres levantaron el cuerpo. Pareció por unos momentos que iban a quedar de pie, con los brazos en alto, pero enseguida cayeron de espaldas, escaleras abajo.

—¡Apaga! —indicó Turck.

Y aun Yani no había extinguido la luz, Sloan lanzóse a todo correr escaleras abajo, seguido de Tom.

Por unos momentos pareció que los muertos iban a conseguir una póstuma victoria, al obstaculizarles el paso. Sloan estuvo a punto de caer de cabeza. Fue en el preciso instante en que de la sala vinieron algunas descargas.

En el último tramo, Turck y Cowper permanecieron agachados, bajo un aluvión de balas, y con el temor de que Yani se hubiese lanzado detrás de ellos sin la precaución debida.

En cuclillas, Sloan fue descendiendo los últimos escalones hasta que consiguió situarse tras uno de los pilares que daban entrada a la sala. Levantó el arma. Tenía localizados varios puntos de los que había visto surgir los disparos.

En el momento en que se disponía a presionar el gatillo, afuera empezaron a oírse formidables estallidos. De pronto, en la sala, se oyó un gran revuelo. La puerta que daba a la salida se abrió, y un recuadro de cegadora luz apareció ante ellos.

Se vieron varias figuras escapar a toda velocidad, al tiempo que

afuera se producía un nutrido fuego de ametralladora. A varias de estas figuras se las vio doblarse, y caer sobre la escalinata. Algunas retrocedieron al interior, pero entonces Sloan entró de nuevo en acción, cogiéndoles entre dos fuegos.

Ya no vacilaba en hacerlo. Estaba seguro que ninguno de los suyos estaba allí. Hasta que el día no rompiese, no saldrían de sus posiciones. ¿Eran fuerzas de Peng Won, que se habían infiltrado entre los rebeldes?

No tenía tiempo para entretenerse en averiguarlo. Además, la forma con que el jefe norcoreano había desaparecido, no tenía nada de tranquilizadora...

Estallaban granadas de mano contra los muros de la casa. Y de pronto, horrisonos estallidos seguidos de rabiosa luz se produjeron en el centro de la casa.

—¡Granadas incendiarias! —exclamó Tom.

Sloan calculó instantáneamente las posibilidades de defensa. Intentar la salida, era ponerse ante las bocas de las ametralladoras. Si era Peng Won quién controlaba aquel fuego, tal vez no vacilara en eliminarles. Luego, con encogerse de hombros y decir que era un fallo de la contienda, todo quedaba zanjado. Todo, incluso aquella partida que con tanta persistencia había estado quedando en tablas...

Podían retroceder, a las habitaciones superiores. Eso no sería más que prolongar su agonía.

En ese momento la muchacha llegaba junto a ellos.

—¡Yani! ¡La entrada de los pasillos! —pidió su hermano.

—¡Ya es imposible, Tom! —respondió la joven, con voz de llanto —. ¡Está allí!

Y señaló al fondo de la sala, donde aquella noche había estado sentada Ikon Shimay. Una infranqueable barrera de fuego se interponía.

—¡Dame la lámpara! —pidió Turck.

Segundos después, el cono de luz seguía un rastro de sangre ya medio borrado por pisadas. En la curva que formaba el primer tramo, las huellas se interrumpían.

Sloan se puso a dar con un puño en la pared; luego se puso a dar patadas en el suelo. Las llamas cada vez estaban más cerca.

—¡Yani! ¡Tú te encontrabas en esa habitación cuando los dos

coreanos desaparecieron por aquí! ¿Nada has visto?

No. La muchacha, en aquellos momentos, se hallaba de bruce sobre un jergón, sumida casi en la inconsciencia. La forma despectiva con que la había acogido Turck, acababa de extinguir su última esperanza.

—¡No!... ¡No sé nada!...

En tanto, la lámpara buscaba afanosa por todas partes. Proseguían afuera las detonaciones.

Sloan y Tom se hallaban ya entregados a una búsqueda cada vez más angustiada, y que por instantes parecía más inútil. Pasaban los dedos por las juntas de los bloques de piedra, piedras viejas que servían de base a los muros de construcción moderna. Presionaban en los bordes de los escalones; forzaban los barrotes de la baranda...

La lámpara se detuvo de pronto en la base de una de las columnas, precisamente en la que Turck se había apostado para efectuar sus últimos disparos.

Había allí dos grandes charcos de sangre y la columna incluso estaba manchada hasta la altura del pecho.

—¡Aquí! —apuntó Sloan.

Él y Tom se aplicaron con todas sus fuerzas para tratar de que la columna se moviera, pero sin resultado. Turck renunció. Estaba convencido que la entrada, si existía, sólo aparecería por tu medio de algún resorte. Dos heridos como eran los coreanos desaparecidos, no podían haberlo logrado de otro modo...

Instintivamente Turck se inclinó, y empezó a tantear la base de, la columna. Fue precisamente al meter los dedos en un pequeño intersticio que había en la parte que encaraba con el muro, cuando tropezó con una clavija...

Las llamas ya casi les alcanzaban cuando la columna comenzó a girar...

CAPÍTULO VI

Siguieron, el rastro de sangre luego de descender por la estrecha escalera practicada en la roca. Les llegaba de lo profundo un fuerte hálito de humedad.

—No son éstos los pasadizos que yo conozco —manifestó Yani.

Donde ella había permanecido encerrada durante algunos días, percibiendo en las vibraciones que se acusaban en las paredes de roca, la batalla que se desarrollaba en el exterior, eran galerías de aire seco, con suelo alisado por una capa de cemento.

A medida que fueron profundizando, la humedad aumentaba. Llegó un momento en que el lecho y las paredes goteaban. El suelo, en suave pendiente, iba presentándose por momentos más inundado.

El agua llegó a alcanzarles la cintura.

—Y no cabe duda que los heridos salieron por aquí —dijo Sloan.

Siguieron avanzando con medio cuerpo cubierto, por el agua. Tras un breve trayecto el suelo se les presentó en rampa ascendente. El nivel del agua fué bajando, hasta que por fin se hallaron libres del chapoteo.

Siguieron encontrando huellas de sangre. El túnel había momentos en que era tan bajo que casi tenían que ir a gatas.

Llegaron a un sitio en que la galería se dividía en dos. Una seguía en línea recta. Otra torcía a la derecha.

—¿Lo dejamos a lo que digan las huellas? —preguntó Sloan.

Tom asintió. Yani no dijo nada.

A medida que fueron introduciéndose por la nueva galería, percibieron que la humedad iba desapareciendo. Ali cabo de un rato Yani exclamó:

—¡Es aquí!...

Lo reconoció por los dibujos que veía grabados en la roca. Dragones, Budas, monstruos fantásticos... Durante un buen rato la

lámpara automática fue sacando de unas tinieblas de siglos las más desenfrenadas quimeras.

Y de pronto, Turck, apagó la lámpara. Brilló entonces, a lo lejos, un recuadro de luz.

—Ahí tiene «ella» su refugio —susurró Yani.

Ahora fue cuando la muchacha comenzó de nuevo a perder la serenidad. Durante los momentos en que se enfrentaron con un peligro concreto, ello actuó con el mismo temple que los otros. Si hubiera sido necesario, hubiese disparado, sin temblarle el pulso.

Pero no era lo mismo ahora, en que su instinto de mujer le advertía que un peligro más temible, el de Ikon Shimay, andaba cerca.

Turck, que marchaba delante, tropezó con alguien tendido en el suelo. No quiso encender la luz y se agachó. Palpó un cuerpo inerte, que vestía ropa de guerrillero. Le buscó las manos, y una de ellos la encontró cortada, convertida en muñón. Era uno de los fugitivos...

Faltando poco para llegar al boquete lateral que proyectaba una mancha de luz sobre la galería, tropezaron con otro cuerpo. También éste tenía las manos heridas. Pero cuando por casualidad Sloan le pasó la mano por la cabeza, la halló destrozada, sin duda por arma de fuego...

Con suma precaución fueron avanzando, el arma lista. El boquete iluminado se abría en la izquierda. Sloan indicó con el ademán que los dos hermanos se quedaran en la entrada, y él se metió por allí.

Poco a poco, a medida que avanzaba, fue percibiendo un penetrante perfume. El conducto iba ensanchándose, y de pronto se encontró ante una ancha habitación.

Una estancia fantástica, de cuyas paredes colgaban preciosas telas y con un suelo cubierto con esterillas y cojines. Y en uno de los extremos, frente a una pequeña mesa sobre la que humeaba una tetera, Ikon Shimay, envuelta en un lujoso kimono, en cuyo tronco destacaba fuertemente el obi, el ancho cinturón de seda. Llevaba el pelo recogido a la manera japonesa...

En el momento de aparecer Turck, ella se hallaba arrodillada poniendo en orden sobre la pequeña mesa unas tacitas. Siguió en su tarea, sin levantar siquiera la vista. Y de pronto, como si percibiera algo anormal:

—No seas absoluto, Turck... Ellos también están invitados...

Entonces fue cuando levantó un poco el rostro y mostró sus ojos oscuros, en los que se apreciaba un sorprendente brillo.

Durante unos segundos Sloan se encontró con la mirada enervante de horas ya olvidadas.

—Antes de que pasen los otros, quiero que sepas, Turck...

Acariciaba su voz. Su voz y su mirada. Pero esto sólo duró unos segundos. Enseguida, haciendo un ademán displicente, exclamó:

—¡Bah! ¡Tonterías que a nada han de conducir!

—Es lo que iba a decirte, Ikon Shimay —replicó Sloan, en tono áspero.

—La cita era aquí —prosiguió ella, en actitud tranquila—. Únicamente nosotros cuatro... Pero la aparición de Peng Won retrasó el momento...

Empezó a llenar de té las tacitas.

—Como en otros tiempos...

—Algo bien distinto —atajó Sloan, ronco.

—No. ¿Por qué? Con un poco de imaginación... En la habitación inmediata a aquélla donde habéis permanecido encerrados para vuestra «confesión», os dejé una entrada abierta a fin de que llegarais con toda comodidad hasta aquí... Por lo menos os hubierais evitado la desagradable alfombra que hay a la otra entrada...

Sloan entendió que aludía a los muertos que había en el pasadizo. Lo vio enseguida confirmado al oírle decir:

—Otros dos que también se invitaban, tan inoportunos como Peng Won...

Sloan la miraba con un asombro mezcla de espanto. Hasta este momento creía conocerla, pero comprobaba cuán lejos se había hallado de la realidad. ¡Y era posible que ésta fuera la misma de otras horas: la muñeca de amor, con exaltaciones demoníacas y a la vez sublimes!...

Era ella sin duda quien había rematado a los dos coreanos que yacían en el pasadizo. Acaso se le acercaban para pedirle cuentas. Arriba la casa ardía. Y el bosque tal vez continuase crepitando de tiros...

En tanto, Ikon Shimay, convertida en una delicada «*geisha*», parecía dispuesta a recibir a unos invitados a los que tenía el deber

de hacer pasar el tiempo lo más agradable posible.

Sloan salió de su abstracción por un rumor de pasos. Eran Tom y Yani. Al verlos, percibió un violento contraste. Mojados, cubiertos de barro, intensamente pálidos, exactamente con el mismo aspecto que ofrecía él, producían el efecto de una demoledora granada que mandase al trasto todo aquel tinglado. Las preciosas sedas, el agradable perfume, todo el colorido y sensación de ensueño se extinguieron. En su lugar quedó una cueva hosca, verdadero redil de almas malditas.

Tal vez Ikon Shimay leyó en los ojos de Sloan que el encanto se había deshecho. No obstante, siguió en su actitud de muñeca al ver entrar a los dos hermanos. Sus ojos de almendra permanecieron unos segundos observándoles. Y Turck creyó ver en lo hondo de aquellos ojos oscuros la misma luz intensa de sus momentos de placer o triunfo... Era indudable que gozaba con la derrota de aquellos dos seres.

Y una necesidad imperiosa de ponerse a su lado, de defenderles, se apoderó de Sloan. Miró a Yani. Su vestido, completamente mojado, se le adhería al cuerpo, moldeando su figura grácil, de muchacha en plena formación. Temblaba, tal vez de frío. Pero a Turck se le antojó agotada por el martirio a que había estado sometido. Y algo que él creía extinguido para siempre, reverdecía, con mayor fuerza.

Fue a dónde estaba la joven Cowper y rodeándola con un brazo, la atrajo hacia sí.

—¡Mírala sin miedo, Yani! —le aconsejó, sin saber casi lo que decía.

Deseaba verla erguirse, triunfante sobre todo. Y pareció como si aquel brazo que rodeaba su cintura le transmitiese una nueva vitalidad. Poco a poco el color volvió a sus mejillas y una fuerte, maravillosa luz, asomó a sus ojos.

—¡Miedo! ¿Por qué?

Su voz, por primera vez sonó limpia, llena de seguridad. Fue irguiéndose, pero sin huir la proximidad de Sloan, antes bien, buscando el apoyo del hombre fuerte.

—A Ikon Shimay nunca la he temido... por mí. —Ella lo sabe, y es tal vez lo que menos me perdona...

La asiática, con ademanes lentos y dentro de la más exquisita

elegancia, había seguido volcando el té en las tacitas, sin que en sus manos se apreciase el más leve temblor.

Yani, en un ramalazo de nervios, hizo ademán de avanzar hacia ella, pero Sloan la sujetó. La muchacha se le quedó mirando, escrutando en lo más hondo de sus ojos, y Sloan aguantó tranquilo aquella mirada...

Enseguida ella se volvió a mirar a su hermano. Halló a Tom inmóvil, como hipnotizado, los ojos fijos en Ikon Shimay. Yani se estremeció.

—¿Te das cuenta, Turck?

—Me doy cuenta de todo —respondió tranquilamente, Sloan.

Súbitamente, soltó a la muchacha y dando unos pasos adelante, dio una patada a la mesita. Todo quedó esparcido y roto, y las esterillas ahogaron el tintineo de las porcelanas.

—¡Levántate! ¡Prepárate a conducirnos a la salida de este pozo!...

Y como Ikon permaneciera quieta, incluso sin que aquella suave sonrisa se hubiese extinguido en sus labios, Sloan hizo ademán de cogerla de los hombros.

Entonces Tom avanzó, poseído de loca furia:

—¡Quieto, Turck!... ¡Te mataré como le hagas nada!...

Como si Sloan ya hubiese previsto esta reacción, como si en realidad hubiese hecho aquello para provocarla, aun no había terminado Cowper de pronunciar su amenaza cuando Turck ya le había alcanzado en el cuello con un rapidísimo movimiento de su brazo izquierdo, en tanto con el otro le daba un formidable golpe en la mano, haciéndole soltar el arma.

Cowper retrocedió, tambaleándose, basta dar con la espalda en la pared. Allí se quedó, alentando con fuerza, con un color verdoso en la cara, mirando con ojos tormentosos a Sloan.

Su hermana corrió hacia él, presa de terrible angustia:

—¡Tom!... Pero ¿es posible? ¿Tan ciego estás?

Cubriéndose el rostro con ambas manos, apoyó la frente en el pecho de su hermano, y sollozó:

—¿No ves, Tom, que quiere utilizarte contra Turck como ya lo hizo contra el comandante Andrews?

Aquella alusión hizo que Cowper saltara, de nuevo poseído de inusitado furor:

—¿Qué te importa a ti? ¿Qué sabes tú de nada?

El sí que hizo con su hermana lo que Sloan no llegó a hacer con la asiática. La cogió de los hombros y por unos instantes la sacudió. El cuerpo de Yani parecía inerte.

—¡Desde hace meses has estado husmeando en mis asuntos! ¡Y ya estoy harto!... ¿Qué tienes que echarme en cara? ¡Tú eres peor que yo!...

La soltó, empujándola. Con expresión sarcástica, agregó:

—¡Vuelve a casa, si es que tienes valor para ello! Cuando te enfrentes con papá dile que, con el pretexto de ayudarme, has tenido ocasión de dar rienda suelta a tus instintos malos...

Durante unos instantes la muchacha pareció desconcertada por aquel brutal ataque. Mas enseguida, recobrándose, miró con valentía a su hermano:

—¡Pero, Tom! ¿También tú has caído en el engaño?

Una furiosa carcajada estalló en su boca. Su preciosa dentadura, sus grandes y negrísimos ojos fulgieron como joyas, bruñidos por una honda alegría.

—¿También tú, Tom? —insistió—. ¡Yo creí que sólo podía caer en el engaño una mujer como ésa!...

Miró a Ikon Shimay quien, casi sin darse cuenta, impulsada por la emoción del momento, había empezado a levantarse, saneado de su estudiada actitud.

—¡Mis «francachelas» eran puro truco, Ikon Shimay! —gritó Yani, con voz de triunfo—. En todas ellas había «alguien» que velara por mí... ¿Quieres que te hable de alguno, Ikon Shimay? ¿Quiere que analicemos al... más oscuro, al que usted misma calificaba de «repugnante esponja empapada de drogas»? ¿Sabe quién era?...

Y tras un breve silencio, agregó:

—Tal vez se encuentre con él, si consigue salir de aquí. Será un gran placer para él cobrarle los insultos y las mofas que usted le dedicó. Se trata del coronel Kaster, el brazo fuerte del servicio de contraespionaje...

Y era indudable que el impacto estaba bien dirigido, igual que antes las tacitas de porcelana quedaron rotas, la «*geisha*» de ademanes suaves y cara de muñeca se convirtió en un ser convulso, de ojos centelleantes.

Su boca pequeña de labios gordezuelos mantenía un balbuceo ininteligible, un murmullo demoníaco en el que tal vez se invocaban todas las furias. Avanzó unos pasos, con los brazos extendidos, mostrando sus manos blancas con unas intensamente rojas, zarpas de tigresa dispuestas a herir de nuevo...

Sloan, sintiéndose cada vez más dueño de la situación, le cortó el paso:

—¿Qué vas a hacer, Ikon Shimay? Todo entra en el juego... Nada tiene de particular que la cita no se desarrolle según tus planes, Por mi parte he de confesar que nada de lo que esperaba se ha producido...

—¡En mí no! ¡Todo cuanto yo esperaba ha ocurrido! —exclamó, con destemplada voz y mirando hacia el techo de roca, como si con ello esperase que sus palabras traspasasen la pétrea barrera y fueran a llegar a oídos de los que afuera tal vez seguían, entregados todavía a un juego de muerte—. ¡En mí se ha producido lo que deseaba! ¡He prolongado la guerra toda una noche!...

Eso era cierto. A aquellas horas, la tortuosa línea que cruzaba Corea de este a oeste, hacía horas que había enmudecido. Sólo en el manchón verde dentro del cual destacaba el edificio de Ikon Shimay, la contienda no había terminado.

—Pero no era eso lo que usted buscaba, Ikon Shimay —saltó Yani—. Usted quería sujetar a Tom... tal vez también a Turck. Hundirlos en el oprobio para manejarles a su antojo. Lo mismo que ha utilizado la rebeldía de los del Sur... Usted prometió a los del Norte que provocaría incidentes graves capaces de ser interpretados como violación de la tregua...

Yani respiró profundamente, y agregó:

—Pero nada de eso ocurrirá. Todos los hilos están ya en manos del servicio de información... Y ya no habrá más capitanes Cowper ahorrados a usted por un horrendo delito, que usted misma ha provocado... ¡No habrá más capitanes como él, facilitando dinero para armas y dejando caminos abiertos al paso de los rebeldes! Todo eso ha terminado aquí, esta noche...

Estaba magnífica, con la soberbia que hasta hacía unos momentos Sloan había estado echando de menos en ella.

De la boca de Tom se escapó un gemido ahogado. Todas las miradas se volvieron hacia él.

—El Consejo de Guerra que esperaba a tu hermano, ¿ha terminado también?

Y por unos momentos, en los ojos de Ikon Shimay se apagó el brillo de triunfo. Quizá por primera vez en su vida, miraron con ternura a aquel muchacho que lo había arriesgado todo por ella.

Lentamente se acercó a él. Esta vez, ni Sloan ni Yani se interpusieron.

—En esta partida —dijo, con cálida voz— tú y yo somos los condenados...

No eran ellos solos. Alguien más ardía en aquella hoguera maldita. Arriba había unos hombres que perecían, enredados en el trágico juego. Y otros, en esos momentos avanzaban por las galerías, sedientos de venganza...

Hasta aquel aposento llegaron las voces y el rumor de sus pasos. Repentinamente, todo cambió.

Sloan se inclinó, cogió el arma de Cowper y se la puso en las manos.

—¡Vienen por nosotros! —anunció—. ¡Vamos a recibirles!

—No —objetó la asiática—. Se dirigen al arsenal, para proveerse de munición...

Aludir el arsenal era tocar la llaga que más roía a Cowper. Su rostro se congestionó.

—¡No llegarán allí!

Se lanzó a la galería, y Yani, aterrorizada, exclamó:

—¡Tom! ¿Qué vas a hacer?

Fue Sloan quien le contuvo, sujetándole fuertemente de un brazo.

—¿Estás loco? Si no conoces los pasadizos, ¿a dónde diablos vas?... ¡Ikon Shimay!

La asiática se había replegado a un rincón del aposento, y permanecía inmóvil. Sloan se le acercó:

—¡Vas a orientarnos!

Ikon levantó lentamente los ojos. Miró a Sloan.

Luego a Yani. Una suave sonrisa se dibujó en sus labios.

—El arsenal se encuentra al final de esta galería. La salida al exterior, yendo por el conducto que habéis dejado en la bifurcación.

—Está bien. Tú vendrás con nosotros...

—¡No!

Ikon Shimay retrocedió unos pasos. Sus ojos oblicuos se agrandaron.

—Sé perder... y retirarme a tiempo...

Clavó su mirada en Tom, hincando en él una fuerza misteriosa y enervante.

—Ésta es mi última hora...

Cowper cerró los ojos.

Las voces se oían ya tan cerca, que Sloan preparó el arma. Por señas indicó a Yani y a su hermano que se hicieran cargo de Ikon. Shimay, y sin esperar más echó a andar.

Antes de llegar al final del pequeño pasadizo que enlazaba con la otra galería, se agachó, temiendo que la luz proyectase su silueta.

Los que venían parecían haberse parado, recelosos. Les oyó cuchichear...

Sloan fue acercándose a rastras a la boca del pasadizo, y apenas llegó allí, asomó el cañón de su pequeña ametralladora y soltó dos ráfagas.

Los estallidos restallaron a lo largo de la mina. Sonaron varios alaridos, seguidos de un precipitado rumor de pasos.

—¡Vamos! —ordenó Turck, en voz baja, a los dos hermanos y a la asiática, que en aquel momento se le acercaban—. O en todo caso, mejor será que permanezcáis aquí... Antes que se repongan voy a cortarles la entrada. Vosotros, en tanto, encargaos del arsenal...

Y echó a andar, sin detenerse a mirar si los otros acataban su orden...

Avanzaba agachado con la mayor rapidez posible. Ya había salido del área de luz.

Al poco fue tropezándose con cuerpos caídos, algunos de ellos todavía en los últimos estertores. Una vez más se sintió preso de una terrible angustia. ¿Por qué aquello? Se reprochaba no haber aplastado contra la roca a aquel bello diablo disfrazado de «*geisha*».

Se tranquilizó pensando que, de todos modos, ella no iba a escapar al castigo. Estaba seguro de que aquellas galerías desembocaban en el otro lado del río. De no haber ocurrido nada, a los guerrilleros les hubiera sido fácil salir furtivamente todas las noches a producir incidentes en ambas líneas. Da casa de Ikon Shimay quedaba en medio del pasillo desmilitarizado.

Ahora todo aquel plan se había venido abajo. Comprendía los designios del servicio de contraespionaje al dejar que los acontecimientos fueran desarrollándose por sí mismos. De no haberse producido, difícilmente hubiera podido hacer creer al otro bando lo que se tramaba.

En tanto avanzaba sigiloso, el arma lista, pensaba en su jefe, el coronel Wallton. ¿Cómo habría encajado los acontecimientos?

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por algo que oyó allá detrás. Le pareció que alguien gritaba. Una mujer precisamente. ¿Yani? ¿Tal vez Ikon Shimay?

Pero se hallaba ya a muy pocos pasos de donde las galerías se cruzaban. Debía situarse en sitio desde el que pudiera controlar todas las entradas.

Percibía, a lo lejos, un leve rumor. Acercó la cabeza a la boca de una galería. Luego a otra.

No podía asegurar dónde se producía. Pero estaba seguro de que en lo hondo de aquellas tinieblas palpitaba una amenaza.

De pronto, detrás de él, muy cerca, percibió una respiración acelerada. Dejo cuidadosamente el arma en el suelo, y extendió los brazos. Y de pronto sus manos alcanzaron a alguien.

Era Yani. Al tocarla en el rostro, notó sus mejillas mojadas de lágrimas.

Sloan la acarició en silencio. No quiso preguntar nada, comprendía cuánto había ocurrido. Le bastaba con haber visto la forma en que Ikon Shimay miró a Tom. Los dos eran dos condenados a muerte, en sus últimas Horas...

De momento, nada se podía hacer. Sería inútil regresar, y tratar de que Cowper despertara de su locura. También consideraba ya inútil preocuparse por el arsenal. Tan pronto se hiciese de día, procederían al asalto y destrucción de aquel reducto...

Lo que ahora importaba era salir. Lo que en aquellos momentos más le interesaba, lo tenía al lado. Sentía a Yani más cerca de él que nunca. Aquellas horas malditas habían estado laborando en sus almas, habían levantado cuánto pudieran tener de artificio, dejando ver su fondo simple, sencillamente humano.

—¡Vámonos! —dijo, tocándole cariñosamente en un brazo.

Quería darle la convicción de que la salida la tenían a su alcance. Sin embargo, en su mente danzaban mil ideas negras. ¿Qué

les esperaba al final de aquella galería? ¿No les aguardaría allí la póstuma jugada de Ikon Shimay?

Pero no era cuestión de detenerse en reparos. En cualquiera de aquellas venas negras latía la muerte.

Cogió una mano de Yani, y se la estrechó con fuerza. La respiración entrecortada de la muchacha cesó. Consciente del peligro que corrían, seguir a Turck, callada, alerta, como pudiera hacerlo el más experimentado soldado...

Primero fue como la brasa de un cigarrillo aplicada a las tinieblas. Luego ya fue un desgarrón, **cada** vez más concreto.

El día rompía, y la boca de la mina parecía haber quedado con las articulaciones agarrotadas al iniciar un bostezo. Yani, que permanecía acurrucada junto a Sloan, con la cabeza apoyada sobre el pecho de él, fue quien primero advirtió la luz.

—¡Turck! ¡Mira!...

El, que estaba algo amodorrado, despertó en una brusca sacudida, y el arma que tenía apoyada sobre sus piernas resbaló al suelo, produciendo un ruido. Sloan la cogió, y miró receloso hacia el interior de la galería.

Pero todo permanecía quieto, en el mismo silencio de las últimas horas. Ya tranquilizado, miró hacia la salida. Acarició la cabeza de la muchacha.

—Vámonos, pequeña...

Los dos, con las ropas mojadas, se sentían entumecidos, Yani ardía en fiebre.

Con la vista clavada en el círculo de luz, echaron a andar. Y fue a los pocos pasos cuando la galería empezó a estremecerse, y un horribilísimo fragor arrancó de lo hondo del túnel, rodando hacia ellos.

Instintivamente los dos se buscaron, abrazándose fuertemente. El estrecho pasadizo parecía la cola de un monstruo que, de pronto, hubiese despertado. La roca vibraba, dando la sensación de que una avalancha de millares y millares de caballos irrumpía de lo más hondo del subterráneo, buscando la salida.

—¡Es el arsenal! —exclamó Sloan.

—¡Sí! —sollozó la muchacha—. ¡Sabía que Tom lo haría estallar! Era su obsesión...

Se lanzaron hacia la salida. Las explosiones se producían en cadena, y canalizadas por los estrechos pasadizos surgían al exterior

dando la sensación de formidables andanadas.

Quizá eran las salvas que Tom Cowper e Ikon Shimay acordaron para señalar su último momento. Sloan imaginaba el dolor de Tom, más no podía hacer nada por remediarlo. Casi era mejor que Tom hubiese buscado aquel final. Nada afuera le hubiera salvado de un fin todavía más doloroso. Al menos con ello, muchas zonas oscuras no saldrían a la luz. Las investigaciones se detendrían respetuosas ante muchos puntos...

Sloan y Yani llegaron al exterior en el momento en que las explosiones se extinguían. La galería desembocaba en un grupo de peñascos tan bien situados, que a dos pasos apenas si se percibía la entrada.

Al asomar al exterior tuvieron que cerrar los ojos, deslumbrados. Y al momento tuvieron que abrirlos por el vocerío que se produjo a su alrededor.

Entonces se dieron cuenta de que, en las lomas circundantes, multitud de soldados se hallaban en pie, saludando con el brazo que empuñaba el arma.

Sloan los reconoció enseguida. Eran fuerzas de su batallón. No muy lejos vio el lazo del río, y el manchón verde del bosque en cuyo centro se erguía una colosal columna de humo negro.

Durante unos momentos, los dos, ella apoyada en el cuerpo de él, permanecieron contemplando el incendio.

—¡Tom! —murmuró ella.

Parecía que en el humo viera la imagen del hermano, una imagen rejuvenecida, limpia de la diabólica locura.

Por primera y última vez, Sloan acudió a la noche trágica en que pereció el comandante Andrews.

—¿Te dijo cómo ocurrió?

—Fué ella quien provocó la rivalidad de Tom y del otro —contestó la muchacha, con sorprendente serenidad—. Ella ya tenía dispuesto desaparecer de Tokio aquella noche... Tal vez al principio sólo quiso dejar un sangriento recuerdo... Luego, al ver libre a Tom, fue cuando pensaron sacar partido de su silencio...

Y tras una breve pausa, añadió:

—Pero yo no creo que Ikon Shimay persiguiese a Tom sólo por el dinero que le pudieran sacar... Creo que más que nada le interesaba por la relación que tenía contigo... Para los ojos de una

mujer, hay cosas que siempre quedan a la vista, por muy complicada que sea el alma de la mujer observada...

Y se volvió a mirar a Turck, escrutándose los ojos, haciendo traslucir a ellos un resto de inquietud.

—En eso, somos más hábiles que los hombres... Tú mismo, nunca has sabido ver... «algo» que desde hace años, estaba bien claro...

Ella miró francamente, y con igual sinceridad confesó:

—Tal vez por exceso de orgullo... Porque yo proyectaba sobre ti una soberbia, que en realidad era en mí en quién radicaba...

La tenía cogida de los brazos, mirándola de frente. Y de pronto, levantando la cabeza, dio un salto.

—¡Ahora será ella! —exclamó.

Parecía aterrorizado, como si una avalancha de enemigos se les echara encima. Y no eran más que dos hombres.

Uno, tenía figura desgarbada, y avanzaba con los brazos colgando, como si los tuviese muertos. Era el coronel Wallton.

—¡Prepárate a oír cosas! —anunció Sloan.

En ningún momento encontró más justificada una tempestad de improperios. El comandante de batallón abandonó a sus hombres para aparecer al día siguiente con una mujer, en plena zona de combate. Una mujer con el extraño aspecto que en aquellos momentos ofrecía Yani, con el vestido desgarrado, cubierta de barro...

—¡A sus órdenes, mi coronel! —dijo Sloan, saludando militarmente y cerrando los ojos.

—¡A mis órdenes! —rezongó el jefe—. ¿Su encuentra bien, muchacha?

Al hacer esta pregunta, en la voz de Wallton se había producido una transición. Sonó conmovida, con calor humano.

—Yani es fuerte —comentó alegremente su acompañante.

—¡Kaster! —exclamó la muchacha, corriendo hacia él.

Sloan se decidió a abrir los ojos. Fue en el momento en que Wallton decía:

—El comandante Peng Won te envía sus saludos. Se encuentra herido y no ha podido esperarle...

—¡Peng Won! —Gruñó Turck, súbitamente enfurecido.

—¿Qué le sucede?... ¡No vengamos ahora con rencillas! Cuatro

kilómetros por en medio, y el tratado de paz que prosiga... ¡No toleraré disturbios en mi sector! —vociferó Wallton.

—No pensaba producirlos... Pero hay algo que me interesaba aclarar...

—El comandante Peng Won me ha hablado de la forma que se separaron ustedes anoche. ¿Es eso lo que le interesa? Dice que se vio obligado a hacerlo porque desconfiaba tanto de usted como de... esa mujer. —Y se quedó mirando hacia la columna de humo—. Temía verse enredado en intrigas que él no comparte, y toda la noche ha estado actuando para ahuyentar al núcleo rebelde. Nosotros le hemos ayudado...

—¿Hay prisioneros?

—No. Prácticamente, ninguno... Hemos dejado que cada cual torne el rumbo que más desee... Ahora vamos a proceder a la limpieza total de esta zona. ¡Valiente complicación me han producido ustedes al final de mi carrera!

Y miró al jefe de contraespionaje, con mal disimulado rencor. El coronel Kaster, que se hallaba conversando con Yani, se dio cuenta y soltó la carcajada.

—¿Todavía piensa en el retiro?

—¡Sí! ¡Y en mi granja!... ¡Y también en mis memorias! No esperen ustedes salir muy bien parados...

Y reparando de pronto en la fiebre de Yani gritó, mirando a Turck:

—¡Comandante Sloan! ¿Cómo no lleva a esa muchacha a la posta sanitaria? ¡Venga! ¡Retírense cuanto antes!

—¡A sus órdenes, mi coronel! —saludó Turck.

Y cogiendo de una mano a Yani, al tiempo que dirigía una significativa mirada, a Kaster, que éste correspondió sonriente, echó a andar con la muchacha hacia la ladera en que; se veía una tienda de sanidad...

—¡Mujeres aquí! —rezongó Wallton, al quedar solo con Kaster.

E inmediatamente, como contraste a lo que acababa de decir, añadió, mirando hacia el bosque:

—Y ahora, nosotros los hombres... ¡a «barrer» aquello!...

El comunicado de aquel día anunciaba que el alto el fuego se había producido en todo el frente, y que en un punto del sector central había empezado la demolición de determinadas

fortificaciones en lo que iba a ser la zona desmilitarizada, la ancha franja de nadie...

FIN



Una verdadera novela-reportaje, un libro que le apasionará como la mejor película de acción y le ilustrará como la documental más perfecta...

Un libro que desvela los secretos de una de las más importantes secciones de

la F.B.I.: la de los policías-contadores...

¡Usted puede leerlo ahora! ¡Basta con que pida la obra de

ALAR BENET

titulada

EL CRIMINAL NUNCA ESCAPA

¡Una novela pletórica de acción, cuya emoción intensa y constante dejará en su recuerdo una permanente huella!

COLECCION SERVICIO SECRETO

tiene ya dispuesta para la venta esta magnífica novela, que aparecerá en su próximo número

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



**...PARA LEER
El DDT**

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA DE
TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS

CARTELERIA de NOV 'AD.



COLECCION PIMPINELA

Núm. 375 - Sergio Tuval
A CARA O CRUZ
Núm. 376 - C. de Santander
SIVY

APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

Núm. 215 - Laura Tor
TODO PUEDE SUCEDER
Núm. 216 - Luis Ivancova
LUZ DE MONTANA

APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ALONDRA

Núm. 34 - M. Carmen Rey
EN UN CASTILLO DE ESCOCIA
Núm. 35 - Trini de Figueroa
SUEÑO IMPOSIBLE

APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BISOÑTE

Núm. 316 - Alar Benet
EL TRIANGULO DE LA MUERTE
Núm. 317 - Kid Manner
ENTRE TEJAS Y MONTANA

APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

Núm. 180 - A. Rolcest
CITA EN TIERRA DE NADIE
Núm. 181 - Alar Benet
EL CRIMINAL NUNCA ESCAPA

APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ESTRELLA DEL SUR

Núm. 272 - Isabel S.
LA ESTRELLA DEL SUR

APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION PAGAS INDIAS

Núm. 101 - Bárbara Sanez
PAGAS INDIAS
Núm. 102 - La Du
OSCURO

APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ESPIONAJE

Núm. 1
ESPIONAJE
Núm. 2
JOSÉ MARÍA

APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BUSQUEDA

Núm. 10 - Logan
LAS PISTAS DE LA MUERTE
Núm. 11 - Ke. Lugar
TIERRA CON

APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION AUTO FICCION

Núm. 97 - A. Rolcest
MANON LÉON
Núm. 98 - Rina Falar
SU DESTINO

APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.

El Volumen próximamente aparecido

El Volumen próximo a aparecer

EDITORIAL BRUNER

PRINTED IN SPAIN

